

# Piedad, doctrina y unidad de vida a la luz de las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá

María del Pilar Río

Pontificia Universidad de la Santa Cruz, Italia

## 1. LA RUPTURA DE LA UNIDAD ENTRE DOCTRINA Y VIDA EN LA TEOLOGÍA Y EN LA VIDA CRISTIANA

Cuando en su artículo *Teología y santidad*<sup>1</sup>, Hans Urs von Balthasar confrontaba el hecho —quizás no del todo correspondiente a la realidad histórica— de que a partir de la alta escolástica se han dado pocos teólogos santos, mientras que en el período precedente los grandes santos fueron en su inmensa mayoría también grandes dogmáticos; su juicio, en cualquier caso, ponía el dedo en una de las llagas punzantes de la historia de la teología: la ruptura de la unidad entre doctrina y vida, entre teología y santidad, entre dogmática y espiritualidad<sup>2</sup>. Es sabido, sin embargo, que la teología contemporánea es bien consciente del “desgarramiento” consumado en su interior a partir de los siglos XV y XVI y que entre sus rasgos quizás más salientes se cuenta el deseo de recuperar —en la diversidad de sus disciplinas— su propia unidad, de redescubrir su dimensión espiritual y vital —inherente y constitutiva—, de reconquistar su alcance y su impacto existencial.

Paralelamente a este esfuerzo recomponedor, en la misma teología y en la vida de la Iglesia se ha operado una progresiva toma de conciencia de una ruptura —no menos seria— en la vida de los cristianos y, por tanto, de la necesidad de reconstruir esa unidad vital en la entraña de su existencia. La doctrina conci-

<sup>1</sup> En *Verbum caro: saggi teologici*, Brescia 1985 (*Verbum caro: Skizzen zur Theologie I*, Johannes Verlag, Einsiedeln 1960), p. 201.

<sup>2</sup> Cfr. J. STRUS, *Teologia spirituale*, en *Dizionario Enciclopedico di Spiritualità*, vol. 3, Roma 1990, pp. 2474-2475.

liar, por ejemplo, al tiempo que advertía que «la separación entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerada como uno de los más graves errores de nuestra época»<sup>3</sup>, exhortaba a los cristianos, «ciudadanos de una y otra ciudad, a esforzarse por cumplir fielmente sus deberes temporales, guiados siempre por el espíritu evangélico»<sup>4</sup>. Y el Magisterio posterior ha subrayado la exigencia de esta unidad y desarrollado gradualmente y en diversos contextos su enseñanza<sup>5</sup>. De modo particular, la Exhortación apostólica *Christifideles laici*, de Juan Pablo II, que hizo de la “unidad de vida” uno de sus pilares fundamentales, recordó que «esta es la tarea maravillosa y esforzada que espera a todos los fieles laicos, a todos los cristianos, sin pausa alguna: conocer cada vez más las riquezas de la fe y del Bautismo y vivirlas en creciente plenitud» (n. 58). Esta plenitud y unidad en la vida cristiana —señala el documento—, precisamente es la marca que distinga la misma condición de miembros de la Iglesia y de la sociedad humana de los fieles laicos, de forma que «en su existencia no puede haber dos vidas paralelas: por una parte, la denominada “vida espiritual”, con sus valores y exigencias; y por otra, la denominada “vida secular”, es decir, la vida de familia, del trabajo, de las relaciones sociales, del compromiso político y de la cultura» (n. 59).

Junto a este profundo anhelo, la vida de la Iglesia en el siglo XX también asistió al surgimiento y al despliegue de un carisma fundacional que proyectaba la fuerza de su iluminación divina precisamente en esta misma línea. En efecto, la inspiración recibida por el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer<sup>6</sup>, en orden a recordar en la Iglesia la vocación universal a la santidad y al apostolado a través de la fiel realización del trabajo cotidiano según el Espíritu de Cristo<sup>7</sup>, y a pro-

<sup>3</sup> Const. past. *Gaudium et spes*, n. 43; cfr. Decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 14 y Decr. *Perfectae caritatis*, n. 18.

<sup>4</sup> Const. past. *Gaudium et spes*, n. 43.

<sup>5</sup> Cfr. JUAN XXIII, Enc. *Pacem in terris*, 11-IV-1963, en AAS 55 (1963), p. 297 y PABLO VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 8-XII-1975, n. 20.

<sup>6</sup> Josemaría Escrivá de Balaguer, sacerdote, Fundador del Opus Dei —institución que dirigió y a la que dedicó toda su vida—, nació en Barbastro (España), el 9 de enero de 1902 y murió en Roma, el 26 de junio de 1975. Fue beatificado por Juan Pablo II, en Roma, el 17 de mayo de 1992 (vid. entre otros: S. BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid 1976; F. GONDRAND, *Au pas de Dieu. Josemaría Escrivá de Balaguer fondateur de l'Opus Dei*, Paris 1982; P. BERGLAR, *Opus Dei. Leben und Werk des Gründers Josemaría Escrivá de Balaguer*, Salzburg 1983; A. SASTRE, *Tiempo de caminar. Semblanza de Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid 1989; A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei. Vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, vol. I, Madrid 1997).

<sup>7</sup> Cfr. Oración colecta de la Misa del Beato Josemaría Escrivá.

mover una institución al servicio de esa misión peculiar —el Opus Dei—<sup>8</sup>, venía a hacer presente a los cristianos de todos los tiempos y lugares, de todas las razas y condiciones sociales, de todas las profesiones y oficios, que viven en el mundo, «que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios»<sup>9</sup>. Así, al difundir y promover a través del Opus Dei el mensaje de santificación en la vida ordinaria que Dios le había confiado en 1928, el Beato Josemaría actuó como eficaz promotor de la “unidad de vida” de los fieles laicos: es decir, del don y de la tarea de una sencilla pero fuerte compenetración entre fe y existencia personal; entre contemplación, acción apostólica y trabajo. Esta doctrina, que el Beato Josemaría planteaba a impulsos del Espíritu Santo desde los primeros años de su predicación adelantándose así en más de 30 años a la enseñanza magisterial<sup>10</sup>, constituye —como se ha puesto debidamente de relieve en otros estudios—<sup>11</sup> una de las nociones-clave más ricas y características del mensaje de que es portador.

En este trabajo, sin embargo, no nos proponemos estudiar la noción de unidad de vida en toda su amplitud, sino el estrecho nexo que un maestro espiritual como Josemaría Escrivá planteaba entre la vida de piedad del cristiano y su formación doctrinal, como elementos integrados e imprescindibles de esa unidad de

<sup>8</sup> El Opus Dei fue inspirado por Dios al Beato Josemaría Escrivá en Madrid, el 2 de octubre de 1928 (vid. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, cit., especialmente pp. 288-308; P. RODRÍGUEZ - F. OCÁRIZ - J.L. ILLANES, *El Opus Dei en la Iglesia*, Madrid 1993, pp. 21-45), y erigido como Prelatura personal de ámbito internacional por Juan Pablo II, mediante la Constitución apostólica *Ut sit*, el 28 de noviembre de 1982, precisamente para la realización de esta tarea pastoral peculiar: la difusión y actuación de la llamada universal a la santidad en medio del mundo (cfr. Const. ap. *Ut sit*, en AAS 75 [1983], pp. 423-425).

<sup>9</sup> *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, n. 114. De ahora en adelante citado como *Conversaciones*.

<sup>10</sup> Nos referimos, como hemos explicado más arriba a la doctrina conciliar sobre la llamada universal a la santidad, su alusión a la unidad de vida de los laicos, explicitada y desarrollada posteriormente por *Christifideles laici*.

<sup>11</sup> Vid. I. DE CELAYA, *Unidad de vida y plenitud cristiana*, en AA.VV., *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, Pamplona 1985, pp. 161-168; ID., *Vocación cristiana y unidad de vida*, en AA.VV., *La misión del laico en la Iglesia y en el mundo*, Pamplona 1987, pp. 951-965; P. RODRÍGUEZ, *Vocación, Trabajo, Contemplación*, Pamplona 1986, pp. 118-122, 212-218; R. LANZETTI, *La unidad de vida y la misión de los fieles laicos en la Exhortación apostólica «Christifidelis laici»*, en «Romana», *Estudios 1985-1996*, pp. 85-102; P. RODRÍGUEZ - F. OCÁRIZ - J.L. ILLANES, *El Opus Dei en la Iglesia*, cit., pp. 230-236; A. ARANDA, *La lógica de la unidad de vida. Identidad cristiana en una sociedad pluralista*, Pamplona 2000, pp. 121-146.

vida. Motiva esta perspectiva el hecho de que esta consideración puede ofrecer luces significativas para la comprensión teológica de esa síntesis y de algunos de los elementos que entran en su realización, y para el impulso y el logro efectivo de la misma en la vida de los fieles laicos a la que el Magisterio exhortaba a las puertas del tercer milenio<sup>12</sup>.

El estudio se articulará en los siguientes puntos: en primer lugar intentaremos ver en qué medida el tema guarda relación con el carisma que Dios otorgó al Fundador del Opus Dei y, por tanto, tiene radicación y consistencia teológica; en segundo lugar, estudiaremos la expresión paradigmática «Piedad de niños y doctrina de teólogos» del Beato Josemaría y su tensión a la unidad de vida; y, por último, efectuaremos una breve reflexión sistemática sobre esta doctrina.

## 2. PIEDAD, DOCTRINA Y UNIDAD DE VIDA A LA LUZ DEL CARISMA FUNDACIONAL DEL BEATO JOSEMARÍA

El 2 de octubre de 1928 Dios hacía ver al Beato Josemaría un preciso querer para su Iglesia<sup>13</sup>, que, algunos años después, expresaba así en una de sus primeras *Cartas*: «que nunca más se desconozca o se olvide la verdad de que todos deben santificarse, y de que la mayoría de los cristianos les corresponde santificarse en el mundo, en el trabajo ordinario»<sup>14</sup>. Desde entonces, el joven sacerdote aragonés solía plantear a quienes se acercaban a su incipiente labor apostólica amplios horizontes de vida cristiana en medio del mundo y, como consecuencia, una existencia sin rupturas ni fisuras de ningún tipo, edificada sobre los ejes fir-

<sup>12</sup> La Exhort. ap. *Christifideles laici* señala que «en el descubrir y vivir la propia vocación y misión, los fieles laicos han de ser formados para vivir aquella *unidad* con la que está marcado su mismo ser *de miembros de la Iglesia y de ciudadanos de la ciudad humana*» (n. 59). Y en el punto siguiente, añade: «Dentro de esta síntesis de vida se sitúan los múltiples y coordinados aspectos de la *formación integral* de los fieles laicos [...] Se revela hoy cada vez más urgente la formación *doctrinal* de los fieles laicos, no sólo por el natural dinamismo de profundización de su fe, sino también por la exigencia de “dar razón de la esperanza” que hay en ellos, frente al mundo y sus graves y complejos problemas» (n. 60).

<sup>13</sup> Se trata de la realización del mensaje que Dios le había inspirado a través del carisma fundacional, realización a la que antes nos hemos referido. Para una consideración de la relación entre ese carisma y la misión que Dios confió a Josemaría Escrivá; es decir, la difusión y realización de la llamada a la santidad en medio del mundo *vid.* A. DE FUENMAYOR - V. GÓMEZ-IGLESIAS - J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, Pamplona 1989, pp. 25-32.

<sup>14</sup> *Carta 9-I-1932*, n. 92, en A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, cit., p. 304.

mes de una vida de trato filial y confiado con Dios y del conocimiento profundo de la fe, y apoyada sobre el quicio del trabajo santificado y santificante.

Esta silenciosa pero fecunda síntesis vital lograda en medio del mundo — novedosa para los esquemas de un tiempo en que la santidad solía plantearse al margen de las tareas seculares— aparece incoada y expuesta en su desarrollo primigenio ya en los primeros escritos del Beato Josemaría. Se trata de textos de antigua datación, estrechamente vinculados al mensaje y a la misión eclesial que Dios le había confiado al suscitar en su alma el Opus Dei.

Encontramos un primer indicio del tema en una densa página de sus *Apuntes íntimos* —escrita hace ya 70 años—, donde Josemaría Escrivá describe una iluminación mediante la cual el Espíritu Santo le había hecho comprender con luces nuevas el mensaje central del 2 de octubre de 1928. El texto habla de la locución recibida en Madrid, el 7 de agosto de 1931, fiesta de la Transfiguración del Señor, y que el Beato Josemaría conservaría fuertemente impresa en su alma y meditaría a lo largo de toda su vida<sup>15</sup>. Después de señalar el momento preciso de la gracia, dice: «vino a mi pensamiento, con fuerza y claridad extraordinarias, aquello de la Escritura: “*et si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*” (Jn 12,32). Ordinariamente, ante lo sobrenatural, tengo miedo, Después viene el *ne timeas!*, soy Yo. Y comprendí que serán los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas»<sup>16</sup>.

Según se lee, el pasaje hace mención explícita a uno de los elementos de la relación que interesa estudiar: “las doctrinas de Cristo”. Ahora bien, ¿qué significado tiene esta expresión y en qué medida está relacionada con la piedad y con la unidad de vida del cristiano que vive en el mundo?

El sentido espiritual en que el Fundador del Opus Dei comprendió el texto joánico apunta al significado salvífico de la existencia cristiana en el mundo; es decir, como signo e instrumento de la redención cumplida por Cristo en la Cruz<sup>17</sup>. Por eso, precisamente, constituye una luz respecto a la del 2 de octubre

<sup>15</sup> «Desde hace muchísimos años, desde la misma fecha fundacional del Opus Dei, he meditado y he hecho meditar unas palabras de Cristo que nos relata San Juan: *Et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Ioan 12, 32). Cristo, muriendo en la Cruz, atrae a sí la Creación entera, y, en su nombre, los cristianos, trabajando en medio del mundo, han de reconciliar todas las cosas con Dios, colocando a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas» (*Conversaciones*, n. 59).

<sup>16</sup> *Apuntes íntimos*, nn. 217-218, en A. VÁZQUEZ DE PRADA, cit., pp. 380-381.

<sup>17</sup> El mismo Beato aclaró que éste fue el sentido, según testimonian dos rememoraciones sobre la locución escritas por él mismo. La primera dice así: «Aquel día de la Transfiguración, celebrando la Santa Misa en el Patronato de Enfermos, en un altar lateral, mientras alzaba

de 1928. Pero, además —y aquí conectamos con nuestro tema—, se ha mostrado que uno de los aspectos esenciales contenidos en esta iluminación es justamente lo que más tarde el Beato Josemaría llamaría “unidad de vida”<sup>18</sup>. La afirmación se funda en el dato de que el novedoso núcleo de la locución plantea la existencia cristiana secular como camino de redención, y ésta lo es si en el cristiano se da la integración perfecta de su existencia en el mundo en su existencia cristiana<sup>19</sup>; una existencia plenamente configurada con Cristo y con sus enseñanzas. Por tanto, esta unidad de vida, que es condición imprescindible para que a través de la presencia de los cristianos trabajando en medio del mundo se ejerza efectivamente la *tractio* redentora de la Cruz<sup>20</sup>, supone una conformación a la Persona y a la Palabra de Cristo. Alzar la Cruz del Señor con sus *doctrinas* sobre el pináculo de toda actividad humana significa, entonces, no sólo hacer una apología verbal de la fe, sino también y fundamentalmente hacer vida esa Palabra salvífica de forma que la propia existencia en el mundo —transformada por su fuerza redentora— irradie la luz de la fe de Cristo y opere la eficacia de su Misterio Pascual, reconciliando así la creación entera con Dios. En definitiva, la expresión “doctrinas de Cristo” presente en este antiguo texto aparece claramente vinculada con el mensaje central del Opus Dei y, más explícitamente, con uno de sus aspectos esenciales: la unidad de vida.

La relación piedad, doctrina y vida, de alguna manera, aparece también esbozada en las *Cartas* que, desde los primeros años del Opus Dei, Josemaría

la Hostia, hubo *otra voz* sin ruido de palabras. Una voz, como siempre, perfecta, clara: *Et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum!* (*Jn 12,32*). Y el concepto preciso: no es en el sentido en que lo dice la Escritura; te lo digo en el sentido de que me pongáis en lo alto de todas las actividades humanas; que, en todos los lugares del mundo, haya cristianos con una dedicación personal y libérrima que sean otros Cristos» (*Carta 29-XII-1947/14-II-1966*, n. 89, en A. VÁZQUEZ DE PRADA, cit., p. 380). La segunda procede de un texto de su predicación: «[...] cuando un día, en la quietud de una iglesia madrileña, yo me sentía ¡nada! —no poca cosa, poca cosa hubiera sido aún algo—, pensaba: ¿tú quieres, Señor, que haga toda esta maravilla? [...]. Y allá, en el fondo del alma, entendí con un sentido nuevo, pleno, aquellas palabras de la Escritura: *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (*Jn 12,32*). Lo entendí perfectamente. El Señor nos decía: si vosotros me ponéis en la entraña de todas las actividades humanas, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño..., entonces *omnia traham ad meipsum!* ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!» (*Meditación, 27-X-1963*, en P. RODRÍGUEZ, «*Omnia traham ad meipsum*». *El sentido de Juan 12,32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer*, en «Romana», *Estudios 1985-1996*, p. 261.

<sup>18</sup> Cfr. P. RODRÍGUEZ, cit., pp. 272-274.

<sup>19</sup> Cfr. *ibidem*, p. 273.

<sup>20</sup> Cfr. *ibidem*.

Escrivá comenzó a escribir a sus hijos. En la primera de ellas —escrito que puede considerarse «el documento más temprano del Opus Dei, la primera “objetivación”, en la historia del carisma fundacional concedido al Fundador el 2 de octubre de 1928»<sup>21</sup>, el Beato Josemaría anotaba: «Nuestro camino no es de mártires —si el martirio viene, lo recibiremos como un tesoro—, sino de confesores de la fe: confesar nuestra fe, manifestar nuestra fe en nuestra vida diaria»<sup>22</sup>. Y dos años después, en otra de ellas, explicitaba que ese testimonio de la fe ofrecido fundamentalmente en y a través del trabajo, va íntimamente unido al testimonio de la doctrina y constituye un eficaz apostolado<sup>23</sup>.

Las discretas pero significativas alusiones de estas dos primeras *Cartas* reciben confirmación y mayor desarrollo en otros escritos fundacionales —como son las *Instrucciones*—, en las que el Beato Josemaría aclara con luces más explícitas nuestra cuestión. En la primera de ellas, con fecha 19 de marzo de 1934<sup>24</sup>, por ejemplo, identifica el horizonte que las gracias fundacionales abrieron al mundo en 1928 e iluminaron el 7 de agosto de 1931, con un ideal de unidad de vida en el que se funden la contemplación, la acción apostólica y el trabajo. Y es a través de esa fusión por la que se opera la efectiva recapitulación de todas las cosas en Cristo: «Unir el trabajo profesional con la lucha ascética y con la contemplación —cosa que puede parecer imposible, pero que es necesaria, para contribuir a reconciliar el mundo con Dios—, y convertir ese trabajo ordinario en instrumento de santificación personal y de apostolado. ¿No es éste un ideal noble y grande, por el que vale la pena dar la vida?» (n. 33)<sup>25</sup>. Es más, el escrito hace ver con mayor detalle que la eficacia salvífica de esa presencia cristiana secular radicalmente unitaria consiste precisamente en ser existencia en la que se integran armónicamente la sal y la luz del Evangelio —las luces de Cristo— con la ciencia o con cualquier trabajo profesional honesto realizado con la debida prepara-

<sup>21</sup> P. BERGLAR, *Opus Dei. Vida y obra del Fundador Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid 1987, pp. 95-96.

<sup>22</sup> *Carta 24-III-1930*, cit. en *ibidem*, p. 97.

<sup>23</sup> «A la vuelta de tantos siglos, quiere el Señor servirse de nosotros para que todos los cristianos descubran al fin, el valor santificador y santificante de la vida ordinaria —del trabajo profesional— y la eficacia del apostolado de la doctrina con el ejemplo, la amistad y la confianza» (*Carta 9-I-1932*, cit. en *ibidem*, p. 108).

<sup>24</sup> El Beato Josemaría expone en este escrito la naturaleza y el espíritu sobrenatural de la Obra que Dios le inspiró para anunciar y realizar ese concreto mensaje de santidad en la vida ordinaria.

<sup>25</sup> Cit. en A. DE FUENMAYOR - V. GÓMEZ-IGLESIAS - J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei*, cit., p. 43.

ción<sup>26</sup>. Así, por tanto, al explicitar los elementos que se fusionan en esta unidad de existencia —contemplación, lucha ascética, trabajo, doctrina, acción apostólica—, el Beato Josemaría reafirmaba todavía con más fuerza y realismo su valor salvífico y renovador del mundo: somos —solía decir con expresión gráfica— «una inyección intravenosa puesta en el torrente circulatorio de la sociedad»<sup>27</sup>. Una inyección que, desde la misma entraña del mundo —la existencia cristiana secular—, lleva la acción redentora y recreadora de Cristo, transformando en divinos todos los caminos humanos de la tierra.

Según se señala en el estudio que venimos citando<sup>28</sup>, la *Instrucción* del 1 de abril de 1934 ofrece el interés de presentar en sus primeros párrafos una comprensión “operativa” de la locución del 7 de agosto de 1931, antes estudiada<sup>29</sup>. Con otras palabras, en el escrito encontramos no sólo una referencia explícita a esa luz grabada a fuego en el alma del Fundador del Opus Dei y que fue tan determinante para su comprensión del mensaje que Dios le había confiado el 2 de octubre de 1928<sup>30</sup>, sino la inteligencia acerca del “cómo” se ha de operar la presencia salvífica de Cristo en el mundo a través de la existencia secular cristia-

<sup>26</sup> «Ahora mediante *un impulso divino y universal* también, está surgiendo una milicia vieja y como el Evangelio nueva [...] Hombres y mujeres que, en su propio estado y profesión, intelectual o no, serán a veces sabios y siempre doctos, bien preparados; y harán con la ciencia, con el trabajo profesional y con el ejemplo de una vida coherentemente cristiana, la apología más fervorosa de la Fe» (n. 45, cit. en *ibidem*, p. 76, nota 55).

<sup>27</sup> El Fundador del Opus Dei acudió, desde el comienzo, a esta imagen: «la comparación con una inyección intravenosa; como el líquido inyectado regenera el organismo desde dentro, así los cristianos, coherentes con su fe, actúan a modo de “inyección intravenosa en el torrente circulatorio de la sociedad”, a la que desde el interior de las estructuras, aportan con la savia del Evangelio, la luz y el amor de Cristo que, al iluminar y sanar los corazones, redundan en bien, en unión, en fraternidad, en progreso» (*ibidem*, p. 53).

Este horizonte apostólico que el Beato Josemaría abría a los cristianos contrastaba a todas luces con la ruptura entre fe y vida, entre cristianismo y realidades terrenas, característica de la situación histórico-cultural en la que comenzó a desarrollarse el Opus Dei. Años más tarde, escribía: «Quiso el Señor promover su Obra cuando en la mayoría de los países, *élites* y masas enteras parecían alejarse de la Fuente de toda gracia; cuando, incluso en países de vieja historia cristiana, escaseaba la frecuencia de Sacramentos por parte del pueblo; cuando vastos estratos del laicado parecían adormilados, como si se hubiese desvanecido su fe operativa» (*Carta 25-I-1961*, n. 13, cit. en *ibidem*).

<sup>28</sup> Cfr. P. RODRÍGUEZ, cit., p. 260.

<sup>29</sup> El documento está destinado a explicar a los fieles del Opus Dei el horizonte de la misión apostólica de la Obra y la necesidad de suscitar hombres y mujeres que se entreguen a ella.

<sup>30</sup> «Carísimos: Jesús nos urge. Quiere que se le alce de nuevo, no en la Cruz, sino en la gloria de todas las actividades humanas, para atraer a sí todas las cosas (*Jn 12,32*)» (n. 1, cit. en P. RODRÍGUEZ, cit., p. 260).

na vivida con total integridad. Y es en este sentido desde el que proyecta ahora una importante luz: «Mas para cumplir esta Voluntad de nuestro Rey Cristo, es menester que tengáis mucha vida interior: que seáis almas de Eucaristía, ¡viriles!, almas de oración [...] haciendo que se repita muchas veces, por quienes os tratan en el ejercicio de vuestras profesiones y en vuestra actuación social, aquel comentario de Cleofás y de su compañero en Emaús: *nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via?*; ¿acaso nuestro corazón no ardía en nosotros, cuando nos hablaba en el camino? (*Luc: XXIV,32*)» (n. 3)<sup>31</sup>. El contenido alude a lo que se ha llamado la “dimensión eucarística” de la locución y que apunta al dato esencial de que la presencia salvífica operante del cristiano en el mundo —es decir, que atrae, con la misma *tractio* de Cristo en la Cruz— es la presencia de una vida que manifiesta a Cristo, en cuanto está identificada con el Señor por la Eucaristía y la oración<sup>32</sup>. Hacer presente a Cristo a través de la integridad de una existencia cristiana secular, por tanto, no sólo supone la doctrina vivida —como sugerían los *Apuntes íntimos*— sino también la configuración sacramental y el trato con el mismo Cristo.

La *Instrucción* del 8 de diciembre de 1941<sup>33</sup>, por su parte, se abre con una consideración de gran valor para nuestro estudio. En efecto, ya en su primer número, el Beato Josemaría reafirma dos de los puntos que venimos subrayando. Por una parte, recuerda el significado santificador y santificante —salvífico— del trabajo, en cuanto “eje” sobre el cual se configura la existencia cristiana secular<sup>34</sup>, y, por otra, indica el valor de “signo” redentor que adquiere cualquier trabajo honesto cuando brota de la fuente de quien no sólo testimonia con su palabra la doctrina de Cristo, sino que también ha hecho suyas la sal y la luz de la fe; es decir, las ha incorporado a su propia vida. Desde su vida ordinaria y desde su trabajo, el cristiano es así “brasa encendida”<sup>35</sup> que ilumina y lleva el calor de Cristo a todos los hombres. Por eso, quienes son llamados por vocación divina a

<sup>31</sup> Cit. en *ibidem*.

<sup>32</sup> Cfr. P. RODRÍGUEZ, cit. pp. 270-272.

<sup>33</sup> En ésta el Beato Josemaría se propone exponer algunas de las características del espíritu de la Obra y de los apostolados que sus hijos realizaban y habrían de realizar en el mundo, y señalar algunos puntos esenciales para su formación.

<sup>34</sup> Años más tarde diría en una de sus homilías: «La santificación del trabajo ordinario constituye como el quicio de la verdadera espiritualidad para los que —inmersos en las realidades temporales— estamos decididos a tratar a Dios» (*Amigos de Dios*, n. 61).

<sup>35</sup> La imagen es recurrente en la predicación del Fundador del Opus Dei: «Tú has de comportarte como una brasa encendida, que pega fuego donde quiera que esté; o por lo menos, procura elevar la temperatura espiritual de los que te rodean, llevándoles a vivir una intensa vida cristiana» (*Forja*, n. 570; cfr. *ibidem*, nn. 9, 985; *Surco*, n. 194).

difundir y realizar el mensaje confiado al Beato Josemaría, habrán de fundir en sus propias vidas la piedad, el conocimiento científico de la religión, las virtudes humanas y el ejercicio de la profesión u oficio con perfección humana. A esa síntesis se encaminan los diversos aspectos de la formación de los fieles del Opus Dei<sup>36</sup>.

Por último, la *Instrucción* iniciada en Madrid en mayo de 1935 y concluida en Roma en septiembre de 1950 —cuando la Santa Sede concedió la aprobación definitiva al Opus Dei y reconoció que el sendero vocacional de santidad en medio del mundo podía ser recorrido por todos los hombres llamados a ese camino, también por los casados—<sup>37</sup>, se introduce con la luz central del mensaje y de la misión divinos, disponible ahora —no sólo de hecho sino también de derecho— a todas las almas: si Dios, a través del mensaje del Opus Dei, ha recordado que todas las tareas honradas pueden ser ocasión de encuentro con El, entonces —aseguraba el Beato Josemaría— Dios llama vocacionalmente a multitud de hombres y mujeres a su servicio en la Iglesia, en medio del mundo.

El escrito, operativo y programático en la exposición de la luz fundacional, presenta referencias particularmente interesantes por cuanto vuelve a desglosar los aspectos que han de integrarse en la “conducta ejemplar” —la vida— de quienes han sido llamados por Dios a difundir y realizar el mensaje del Opus Dei, convirtiendo su existencia secular en testimonio y presencia salvífica de Cristo: el trabajo, la doctrina, la piedad; o mejor, el trabajo, la doctrina y la piedad, en íntima compenetración: una piedad sólida e ilustrada. Esa articulación vital, en la que radica la eficacia de su presencia divina, hace de los hombres un verdadero apostolado que abraza toda la actividad humana<sup>38</sup>.

A nuestro modo de ver, la lectura de estos breves pero densos pasajes de los primeros escritos fundacionales del Beato Josemaría permiten establecer dos

<sup>36</sup> En una entrevista concedida muchos años después, el Beato Josemaría comentaba: «El Opus Dei tiene como misión única y exclusiva la difusión de este mensaje [santificar el mundo desde dentro: *vid. Conversaciones*, n. 60] —que es un mensaje evangélico— entre todas las personas que viven y trabajan en el mundo, en cualquier ambiente o profesión. Y a quienes entienden este ideal de santidad, la Obra facilita los medios espirituales y la formación doctrinal, ascética y apostólica, necesaria para realizarlo en la propia vida» (*ibidem*).

<sup>37</sup> Se trata de la aprobación otorgada por el Decreto *Primum inter*, promulgado con fecha 16 de junio de 1950. *Vid.* A. A. DE FUENMAYOR - V. GÓMEZ-IGLESIAS - J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei*, cit., pp. 235 ss.

<sup>38</sup> En una de sus homilías, el Beato Josemaría exhortaba a los fieles cristianos: «[...] que el Señor pueda servirse de nosotros para que, metidos en todas las encrucijadas del mundo —estando nosotros metidos en Dios—, seamos sal, levadura, luz. Tú, en Dios, para iluminar, para dar sabor, para acrecentar, para fermentar» (*Amigos de Dios*, n. 250).

conclusiones centrales para nuestro trabajo. En primer lugar, el núcleo del carisma fundacional otorgado al Beato Josemaría comprende, dentro de sus contenidos esenciales y constitutivos, el de la unidad de vida. En segundo lugar, esa doctrina supone la inteligencia de una realidad articulada pero unitaria, en la que se compenetran armónicamente en la vida del cristiano la contemplación, la lucha ascética, la doctrina, la actividad y el trabajo, y la acción apostólica. Aunque en estos primeros escritos no se encuentra un desarrollo explícito de su interrelación, está claro que se trata de una vinculación iluminada por las gracias fundacionales otorgadas al Beato Josemaría en orden a difundir y realizar el mensaje y la misión que Dios le confió para su Iglesia. Podría decirse entonces que, en cuanto fundada en el carisma, la relación piedad-doctrina-vida presenta radicación, consistencia y relieve teológicos. Las enseñanzas posteriores del Fundador del Opus Dei sobre este tema, por tanto, no harán más que explicitar esta faceta del carisma.

### 3. EL BINOMIO “PIEDAD DE NIÑOS” Y “DOCTRINA DE TEÓLOGOS”, EJES VIVOS DE LA CONDUCTA CRISTIANA

En el mensaje que Dios confió al Beato Josemaría se distinguen aspectos de evidente relieve y sustancia teológica, y de ya reconocido alcance en sus implicaciones vitales en la Iglesia y en la misma existencia de los fieles: la santificación y el cumplimiento de la misión apostólica en y a través de la vida ordinaria, la llamada a ser “contemplativos en medio del mundo”, la “unidad de vida”, la doctrina de las “cosas pequeñas”, el binomio “alma sacerdotal-mentalidad laical” y otros muchos<sup>39</sup>.

Pero en el rico acervo de sus enseñanzas aparecen, además, otros aspectos, en apariencia quizá de menor relieve en su doctrina pero que se refieren a facetas igualmente esenciales del mensaje que Dios le inspiró y, en consecuencia, también dotados de profundo espesor teológico y grávidos de implicaciones existenciales. Es el caso, como hemos podido advertir a partir de una lectura de los primeros escritos fundacionales del Beato Josemaría, de la compenetración de piedad, doctrina y vida en la existencia del fiel cristiano.

Como numerosas de las enseñanzas del Fundador del Opus Dei, ésta también encuentra formulación en una frase breve pero sugerente, en la que el Beato Josemaría solía condensar y expresar su inteligencia de la relación entre el cono-

<sup>39</sup> Una magnífica exposición de estos aspectos se encuentra en la homilía *Amar el mundo apasionadamente*, en *Conversaciones*, nn. 113-123.

cimiento de la doctrina de la fe y la vida de trato con Dios en el bautizado: «piedad de niños y doctrina de teólogos»<sup>40</sup>. La expresión constituye una clave de estudio obligada para nuestro trabajo precisamente porque en su desarrollo aparece en relación directa y explícita con la conducta cristiana y, por tanto, con la vida del fiel. De ahí que comencemos por su estudio.

a) *Sentido y formulaciones análogas de la expresión  
«piedad de niños y doctrina de teólogos»*

La fórmula «piedad de niños y doctrina de teólogos» es una frase acuñada por el Beato Josemaría y, como era habitual en su modo de transmitir y de enseñar el mensaje del Opus Dei, se trata de una fórmula sencilla pero enjundiosa, dotada de gran inmediatez y capacidad expresiva.

Captada en esa cercanía, en efecto, la frase sugiere un sentido inmediato y concreto: los fieles cristianos han de ser profundamente piadosos, como niños pequeños delante de Dios; hijos que saben tener con su Padre esa espontaneidad y sencillez, «esa delicadeza y mimo que los niños tienen para tratar, con íntima efusión de Amor, a sus padres»<sup>41</sup>. Pero esa fe sencilla y confiada no puede ser devoción simple o sentimental, sino sólida piedad fundada en el conocimiento de las verdades de la fe. Con otras palabras, los bautizados han de poseer y cultivar en sus vidas una piedad doctrinal. De ahí la consecuencia inmediata y evidente: necesitan, pues, una formación doctrinal científica —proporcionada a su situación y circunstancias, y adecuada a su condición secular— que sostenga y alimente su trato con Dios y su vida cristiana.

Este es el contenido nuclear que, con expresiones parecidas o análogas, el Beato Josemaría transmitía con gran vigor en su predicación y también ha quedado plasmado de modo más o menos explícito en sus principales escritos espirituales: el comentario a los misterios del Rosario, *Santo Rosario* (1934); *Camino* (1934)<sup>42</sup>, *Surco* (1986) y *Forja* (1988); las colecciones de homilias *Es Cristo que pasa* (1973) y *Amigos de Dios* (1977), y el volumen de entrevistas *Conversaciones*

<sup>40</sup> Un nutrido elenco de esas enseñanzas gráficas pueden encontrarse en A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei. Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer 1902-1975*, Madrid 1983, c. XI: *Semblanza y estilo*, sobre todo las pp. 411 ss.

<sup>41</sup> *Camino*, n. 883.

<sup>42</sup> El libro aparece por primera vez con el título de *Consideraciones espirituales* en 1934 y como *Camino* en 1939.

con Mons. Escrivá de Balaguer (1968)<sup>43</sup>. Así, con frase gráfica decía a quienes le escuchaban, por ejemplo, que los cristianos no podían contentarse con poseer «la fe del carbonero»<sup>44</sup>. Y, con el fin de contrarrestar esa actitud poco formada o más bien cómoda y facilona, instaba a una “piedad ilustrada”, a instruirse en “una piedad sólida y activa”<sup>45</sup>, a no dejar el estudio en materia de fe —como hizo fray Gerundio de Campazas que soltó los libros y se lanzó a predicar—<sup>46</sup>, y a convertir el conocimiento de la doctrina en tema de oración, pues fue así como vivieron los primeros cristianos y como debemos vivir nosotros<sup>47</sup>.

En sus escritos explicaba también que los fieles debían ser «piadosos como niños pero no ignorantes»<sup>48</sup>, y, al revés, que en sus vidas no debían separar «la semilla de la doctrina» de la «semilla de la piedad»<sup>49</sup>. Por eso, convencido de que cada bautizado —por vocación divina— debía dar testimonio ejemplar de su fe y llevar la semilla de la doctrina con la semilla de la piedad a todos sus hermanos, los hombres, urgía al lector: «necesitas vida interior y formación doctrinal. ¡Exígete!»<sup>50</sup>. Y también hacía ver la trascendencia de su respuesta: «¡qué responsabilidad, por tanto, la de los hijos de Dios!: hemos de tener hambre y sed de El y de su doctrina»<sup>51</sup>. Se entiende, pues, que una “fe profunda” y una “piedad ardien-

<sup>43</sup> Aunque el comentario a las estaciones del *Via Crucis* está imbuido —como todos los escritos espirituales del Beato Josemaría— de la «piedad de niños» que vivía y aconsejaba vivir, ésta no aparece aquí en relación explícita con la doctrina.

Para una presentación e introducción a las obras del Beato Josemaría, *vid.* L.F. MATEO-SECO, *Obras de Mons. Escrivá de Balaguer y estudios sobre el Opus Dei*, en AA.VV., *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, cit., pp. 469-572; AA.VV., *Estudios sobre Camino*, Madrid 1989<sup>2</sup>; A. ARANDA, «El bullir de la sangre de Cristo». *Estudio sobre el cristocentrismo del beato Josemaría Escrivá*, Madrid 2000, pp. 40-79.

<sup>44</sup> Cfr. P. URBANO, *El hombre de Villa Tevere. Los años romanos de Josemaría Escrivá*, Barcelona 1995, p. 76.

<sup>45</sup> *Camino*, n. 346.

<sup>46</sup> En su predicación el Beato Josemaría solía referirse en ocasiones a este personaje de la literatura española, llamado el «Don Quijote de los predicadores», y que probablemente debió de conocer durante sus años de seminarista en Logroño o Zaragoza, precisamente para subrayar esta idea. Y añadía: «Yo lo que quiero es tener fijos y claros todos los argumentos de la buena doctrina; por eso repaso los tratados tradicionales de teología» (en A. VAZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei. Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer 1902-1975*, cit., p. 441).

<sup>47</sup> Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 134.

<sup>48</sup> *Ibidem*, n. 10.

<sup>49</sup> *Forja*, n. 969.

<sup>50</sup> *Ibidem*, n. 450.

<sup>51</sup> *Ibidem*, n. 892.

te”, junto a la madurez de carácter y a la firmeza de voluntad, constituyeran — para el Beato Josemaría— uno de los rasgos salientes del perfil del fiel cristiano<sup>52</sup>.

### b) Fuentes y contexto de la expresión

La idea de fondo en su expresión paradigmática «piedad de niños y doctrina de teólogos», sin embargo, sólo aparece en la homilía *Vocación cristiana*, recogida en *Es Cristo que pasa*, la primera colección de homilias del autor<sup>53</sup>. Conviene advertir que el texto, aunque breve, ofrece —dentro de los escritos publicados del Beato Josemaría— el cuadro quizás más orgánico de su enseñanza sobre el tema y presenta, además, el particular valor de tratarlo desde la perspectiva que aquí interesa.

En concreto, la fórmula aparece contextualizada en los números 8 a 10 de la homilía y, como su mismo título sugiere —*Vocación cristiana*—, encuentra en la llamada bautismal su marco teológico próximo<sup>54</sup>. En efecto, el escrito se abre con la consideración de las dos coordenadas teológicas basilares de la vocación cristiana. En primer lugar, la elección divina del cristiano que, desde toda la eternidad ha sido escogido en Cristo para vivir la plenitud de la caridad. Y, en segundo lugar, la correspondencia humana sostenida por la misericordia amorosa de Dios que se revela en Cristo. Porque la llamada interpela, pide una respuesta e invita a «asumir esta responsabilidad de apóstoles con nuevo espíritu, con ánimo, despiertos»<sup>55</sup>. Pero, puesto que el camino no es fácil porque los enemigos del hombre intentan impedir esa vida nueva, el cristiano ha de implorar y abandonarse con entera seguridad a la misericordia divina.

<sup>52</sup> «Serenos y equilibrados de carácter, inflexible voluntad, fe profunda y piedad ardiente: características imprescindibles de un hijo de Dios» (*Surco*, n. 417).

<sup>53</sup> n. 10. El texto, revisado y publicado por el Beato Josemaría dos años antes de su muerte, en 1973, fue pronunciado en Roma, el primer domingo de Adviento de 1951.

<sup>54</sup> El texto, preparado con ocasión del inicio del Adviento se inspira en su reflexión de fondo en la Antífona de entrada de la misa del primer domingo del año litúrgico, oración que propone al autor «una consideración íntimamente relacionada con el principio de nuestra vida cristiana: la vocación que hemos recibido. *Vias tuas, Domine, demonstra mihi, et semitas tuas edoce me* (Ps XXIV,4); Señor, indicame tus caminos, enséñame tus sendas. Pedimos al Señor que nos guíe, que nos muestre sus pisadas, para que podamos dirigirnos a la plenitud de sus mandamientos que es la caridad (cfr. Mt XXIV,37; Mc XII,30; Lc x,27)» (*Es Cristo que pasa*, n. 1).

<sup>55</sup> *Ibidem*, n. 4.

Y es precisamente en el punto de convergencia de ambas coordenadas, en el punto de encuentro de la elección divina y de la respuesta del hombre, donde aparece la referencia clave a nuestro tema: «en este clima de la misericordia de Dios se desarrolla la existencia del cristiano. Ese es el ámbito de su esfuerzo por comportarse como hijo del Padre. ¿Y cuáles son los medios principales para lograr que la vocación se afiance? Te señalaré hoy dos, que son como ejes vivos de la conducta cristiana: la vida interior y la formación doctrinal, el conocimiento profundo de nuestra fe»<sup>56</sup>.

Vida de trato personal con Dios no sólo en el templo sino también y fundamentalmente en medio de los afanes del mundo y conocimiento de la doctrina, en definitiva, son para el Beato Josemaría dos puntos de apoyo vitales sobre los que se afianza y edifica la respuesta a la llamada divina de los cristianos; la vida según la vocación y la misión recibidas con el Bautismo. Y, puesto que ésta es invitación a revestirse con el espíritu de Cristo, a hacerse uno con El, y a reflejar esa identificación en una conducta auténticamente cristiana —de hijos—, estos dos medios pueden considerarse ejes vivos, configuradores de una vida que en todas sus dimensiones es de radical conformación a Cristo, el Hijo Unigénito del Padre. La consideración de ambos aspectos ayudará a entender con más profundidad este postulado.

### *c) «Piedad de niños», eje vivo de la conducta cristiana*

Más allá del sentido inmediato y evidente de la fórmula «piedad de niños», una lectura atenta de la homilía *Vocación cristiana* y de los demás escritos del Beato Josemaría a los que nos hemos referido relacionados con la expresión, permite advertir dos aspectos de interés para el estudio, por lo demás vinculados entre sí. Primero, que la fórmula parece expresar un aspecto de la vida espiritual de los cristianos en el que se distinguen tres dimensiones inseparables: la piedad filial, la infancia espiritual y la faceta, al mismo tiempo contemplativa y operativa, de la piedad. Con esto queremos decir que, para el autor, la vida interior que nace de la filiación divina es fundamentalmente vida de trato filial con Dios; que esa piedad filial radicada en la vida en el Espíritu Santo ha de conducir al abandono confiado de hijos pequeños, y, por último, que la piedad tiende por su mismo dinamismo a la conducta y a la vida cristiana; es decir, a la unidad de vida. Segundo, que esta comprensión de la vida espiritual no constituye nunca un sim-

<sup>56</sup> *Ibidem*, n. 8.

ple postulado teórico, sino que es fruto de las luces del carisma fundacional y de la fecunda experiencia espiritual personal del Fundador del Opus Dei.

Para el Beato Josemaría, en efecto, la trama de la vida interior —ayudada por la gracia y entretendida en la oración, en el espíritu de mortificación<sup>57</sup> y en la consideración de la filiación divina, que el Espíritu Santo le hizo sentir y vislumbrar—<sup>58</sup>, nos transforma «en cristianos profundamente piadosos, como niños pequeños delante de Dios. La piedad es la virtud de los hijos y para que el hijo pueda confiarse en los brazos de su padre, ha de ser y sentirse pequeño, necesitado. Frecuentemente he meditado esa vida de infancia espiritual, que no está reñida con la fortaleza, porque exige una voluntad recia, una madurez templada, un carácter firme y abierto. Piadosos, pues, como niños»<sup>59</sup>.

El pasaje, según se lee, ofrece una exposición particularmente lograda de los dos primeros aspectos que hemos enunciado más arriba (piedad e infancia espiritual) y que a continuación procuraremos desglosar y razonar. Conviene advertir, sin embargo, que no se trata tanto de realizar un estudio exhaustivo sobre cada uno, cuanto de mostrarlos en su interrelación y en su tensión a la unidad de vida.

Sobre la base del carisma de la filiación divina, de su propia experiencia de vida —«he aprendido, durante mis años de servicio al Señor, a ser hijo pequeño de Dios», escribe en otro lugar—<sup>60</sup>, el Beato Josemaría enseña que la nueva vida a la que han renacido los cristianos por el Bautismo, consiste, en sustancia, en el

<sup>57</sup> En realidad, para el autor son una sola cosa «porque la mortificación no es más que la oración de los sentidos» (*Es Cristo que pasa*, n. 9).

<sup>58</sup> «La filiación divina es el fundamento del espíritu del Opus Dei. Todos los hombres son hijos de Dios. Pero un hijo puede reaccionar, frente a su padre, de muchas maneras. Hay que esforzarse por ser hijos que procuran darse cuenta de que el Señor, al querernos como hijos, ha hecho que vivamos en su casa, en medio de este mundo, que seamos de su familia, que lo suyo sea nuestro y lo nuestro suyo, que tengamos esa familiaridad y confianza con El que nos hace pedir, como el niño pequeño, ¡la luna!» (*ibidem*, n. 64).

Sobre la luz fundacional de la filiación divina como fundamento de la espiritualidad del Opus Dei, concedida al Beato Josemaría en 1931, *vid.* A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, cit., pp. 389-392.

<sup>59</sup> *Ibidem*, n. 10. Análogo es el camino que se traza en la homilía *El gran desconocido*, aunque en distinto orden: docilidad de niños al Espíritu Santo, vida de oración y unión con la Cruz (cfr. nn. 135-137).

<sup>60</sup> *Amigos de Dios*, n. 146. Fuerte sabor autobiográfico presenta también este párrafo: «¡Que seáis muy niños! Y cuanto más, mejor. Os lo dice la experiencia de este sacerdote, que se ha tenido que levantar muchas veces a lo largo de estos treinta y seis años —¡qué largos y qué cortos se me han hecho!—, que lleva tratando de cumplir una Voluntad precisa de Dios. Una cosa me ha ayudado siempre: que sigo siendo niño, y me meto continuamente en el regazo de mi Madre y en el Corazón de Cristo, mi Señor» (*ibidem*, n. 147).

despliegue del don de la filiación en Cristo que el Espíritu Santo realiza en cada uno de los bautizados, impulsándolos al trato filial con Dios y a un confiado abandono en su regazo paterno. «Si nos dejamos guiar por ese principio de vida presente en nosotros, que es el Espíritu Santo —explica—, nuestra vitalidad espiritual irá creciendo y nos abandonaremos en las manos de nuestro Padre Dios, con la misma espontaneidad y confianza con que un niño se arroja en los brazos de su padre»<sup>61</sup>.

De alguna manera, podría decirse, la vida espiritual consiste o “se reduce” —ni más ni menos— que a esto: a abrirse a la acción de la gracia reconociendo la propia pequeñez<sup>62</sup>, a ponerse dócilmente en manos del Espíritu Santo y a secundar su divina acción<sup>63</sup>, a dejar que el Paráclito transforme y opere la realidad de esta progresiva “reducción *ad unum*” que consiste en el abandono y en el trato de hijos pequeños y necesitados con su Padre Dios; en definitiva, que supone «hacerse como niños»<sup>64</sup> o, mejor, en «aprender a ser como niños» delante de Dios<sup>65</sup>. Por eso, la piedad (de hijos pequeños, “de niños”) no sólo es la meta —el término de llegada o el fin de la vida interior—, sino que, en realidad, constituye como su misma médula.

<sup>61</sup> *Ibidem*, n. 135.

<sup>62</sup> «Has de sentir la necesidad urgente de verte pequeño, desprovisto de todo, débil» (*Forja*, n. 354); «Delante de Dios, que es Eterno, tú eres un niño más chico que, delante de ti, un pequeño de dos años. Y, además de niño, eres hijo de Dios. —No lo olvides» (*Camino*, n. 860).

<sup>63</sup> «Docilidad, en primer lugar, porque el Espíritu Santo es quien, con sus inspiraciones, va dando tono sobrenatural a nuestros pensamientos, deseos y obras. El es quien nos empuja a adherirnos a la doctrina de Cristo y a asimilarla con profundidad, quien nos da luz para tomar conciencia de nuestra vocación personal y fuerza para realizar todo lo que Dios espera. Si somos dóciles al Espíritu Santo, la imagen de Cristo se irá formando cada vez más en nosotros e iremos así acercándonos cada día más a Dios Padre. *Los que son llevados por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios (Rom VIII,14)*» (*ibidem*).

Se entiende así también el consejo de *Camino*: «Niño, el abandono exige docilidad» (n. 871).

<sup>64</sup> «Hacernos niños: renunciar a la soberbia, a la autosuficiencia; reconocer que nosotros solos nada podemos, porque necesitamos de la gracia, del poder de nuestro Padre Dios para aprender a caminar y para perseverar en el camino. Ser pequeños exige abandonarse como se abandonan los niños, creer como creen los niños, pedir como piden los niños» (*ibidem*, n. 143).

<sup>65</sup> «Pero, vuelvo a lo que os comentaba antes: hay que aprender a ser como niños, hay que aprender a ser hijo de Dios. Y, de paso, transmitir a los demás esa mentalidad que, en medio de las naturales flaquezas, nos hará *fuertes en la fe* (1 *Pet V,9*), fecundos en las obras, y seguros en el camino, de forma que cualquiera que sea la especie del error que podamos cometer, aun el más desagradable, no vacilaremos nunca en reaccionar, y en retornar a esa senda

Como se ve, para el Beato Josemaría, el sendero de la vida interior de los hijos de Dios es sendero de piedad filial y éste confluye con sobrenatural “naturalidad” —cuando el alma reconoce su personal poquedad ante Dios y se deja conducir por el Espíritu Santo— en la piedad de niños pequeños; con otras palabras, en la infancia espiritual de raigambre evangélica: «Si no os hacéis semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cielos»<sup>66</sup>. Y precisamente aquí está, para el Beato Josemaría, la madurez sobrenatural de la vida de la gracia. A esta plenitud de amorosa sencillez ha de encaminarse, por tanto, la vida y el trato de los hijos con su Padre Dios<sup>67</sup>.

Es sabido que el Fundador del Opus Dei tenía bien experimentada y asimilada en su propia vida esta paradójica realidad de que el temple espiritual maduro del cristiano está precisamente en ser espiritualmente hijos pequeños delante de Dios<sup>68</sup>. Por eso, aconsejaba vivamente aunque nunca imponía ni forzaba a seguir —a pesar de haberla recorrido a lo largo de toda su vida—, la senda espiritual determinada y concreta del camino de infancia<sup>69</sup>. En definitiva, el Beato

maestra de la filiación divina que acaba en los brazos abiertos y expectantes de nuestro Padre Dios» (*Amigos de Dios*, n. 148).

Y en otro lugar señalaba: «Cuando esta noche me he despertado varias veces, he repetido, como jaculatoria, *quasi modo geniti infantes*: como niños recién nacidos... Pensaba que esa invitación de la Iglesia nos viene muy bien a todos los que sentimos la realidad de la filiación divina. Porque nos conviene ser muy recios, muy sólidos, con un temple capaz de influir en el ambiente donde nos encontremos; y, sin embargo, delante de Dios, ¡es tan bueno que nos consideremos hijos pequeños!» (*ibidem*, n. 142).

<sup>66</sup> Mt 18,3.

<sup>67</sup> «Viejo camino interior de infancia siempre actual, que no es blandenguería, ni falta de sazón humana: es madurez sobrenatural, que nos hace profundizar en las maravillas del amor divino, reconocer nuestra pequeñez e identificar plenamente nuestra voluntad con la de Dios» (*Es Cristo que pasa*, n. 135).

<sup>68</sup> Sobre la riquísima y fecunda vida de infancia espiritual del Beato Josemaría, *vid.* A. VAZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, cit., pp. 404-422.

Aunque la doctrina del Beato Josemaría sobre la vía de infancia se encuentra presente en muchos de sus escritos, son particularmente densos y sugerentes los dos capítulos de *Camino* dedicados al tema: *Infancia espiritual* y *Vida de infancia* (nn. 852-901). Baste la valoración de Cornelio Fabro, que los considera «due capitoli deliziosi» (cfr. *La temprina di un Padre della Chiesa*, en AA.VV. *Santi nel mondo. Studi sugli scritti del beato Josemaría Escrivá*, Milano 1992, p. 74).

<sup>69</sup> Particularmente significativos son estos párrafos de una de sus *Cartas*: «Tenía por costumbre, no pocas veces, cuando era joven, no emplear ningún libro para la meditación. Recitaba, paladeando, una a una, las palabras del *Pater Noster*, y me detenía —saboreando— cuando consideraba que Dios era *Pater*, mi Padre, que me debía sentir hermano de Jesucristo y hermano de todos los hombres. No salía de mi asombro, contemplando que era ¡hijo de Dios! Después de cada reflexión me encontraba más firme en la fe, más seguro en la espe-

Josemaría venía a decir que lo esencial en la vida cristiana es la entraña filial de la vida interior: sabernos hijos pequeños y menesterosos, dirigirnos a Dios en calidad de tales, con piedad de hijos pequeños, “de niños”; la vía concreta, en cambio, no es ni única ni obligada, sino aconsejada. De ahí el tenor delicado y abierto de su recomendación: «Procura conocer la “vía de infancia espiritual”», pero «sin “forzarte” a seguir ese camino. —Deja obrar al Espíritu Santo»<sup>70</sup>.

Pero, para el Beato Josemaría, esta piedad de hijos pequeños (“de niños”) no consiste simplemente en un conjunto de prácticas o actos de piedad sin entraña interior ni relación con las innumerables y variadas situaciones de la vida corriente<sup>71</sup>. No; es necesario mostrar —afirmaba hablando de la educación de los hijos— «cómo esa piedad ingenua y cordial exige también el ejercicio de las virtudes humanas y que no puede reducirse a unos cuantos actos de devoción semanales o diarios: que ha de penetrar la vida entera, que ha de dar sentido al trabajo, al descanso, a la amistad, a la diversión, a todo. No podemos ser hijos de Dios sólo a ratos, aunque haya algunos momentos especialmente dedicados a considerarlo, a penetrarnos de ese sentido de nuestra filiación divina, que es la médula de la piedad»<sup>72</sup>.

Con otras palabras, el mensaje espiritual del Fundador del Opus Dei viene a enseñar que la vida de trato filial con Dios —precisamente porque es auténtica vida del Espíritu en el alma del bautizado y no mero formalismo—<sup>73</sup>, ha de tocar la misma sustancia de su existencia secular. Con expresión feliz, el Beato decía que «la piedad que nace de la filiación divina es una actitud profunda del alma, que acaba por informar la existencia entera: está presente en todos los pensamientos, en todos los deseos, en todos los afectos»<sup>74</sup>. Es decir, es una piedad que permea, vivifica, da sentido y configura todas las esferas de la vida, y, por eso,

ranza, más encendido en el amor. Y nació en mi alma la necesidad, al ser hijo de Dios, de ser un hijo pequeño, un hijo menesteroso. De ahí salió en mi vida interior vivir mientras pude —mientras puedo— la vida de infancia, que he recomendado siempre a los míos, dejándolos en libertad» (*Carta 8-XII-1949*, n. 41, en A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, cit., p. 404).

<sup>70</sup> *Camino*, n. 852.

En términos análogos se expresa en otros lugares: «La infancia espiritual no es memez espiritual, ni “blandenguería”: es camino cuerdo y recio que, por su difícil facilidad, el alma ha de comenzar y seguir llevada de la mano de Dios» (*ibidem*, n. 855); «Cuando seas sinceramente niño y vayas por caminos de infancia —si el Señor te lleva por ahí—, serás invencible» (*Forja*, n. 348).

<sup>71</sup> Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 98.

<sup>72</sup> *Conversaciones*, n. 102.

<sup>73</sup> Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 135.

<sup>74</sup> *Amigos de Dios*, n. 146.

puede decirse operativa<sup>75</sup>, existencial, omnicomprensiva. Ahora bien, lo es, porque es filial; es decir, porque en su raíz y en su entraña, a modo de principio de vida y de obrar sobrenatural, está la filiación divina que por el Espíritu Santo nos ha sido dada<sup>76</sup>: ser, saberse y sentirse hijos (pequeños) de Dios en Cristo, con una vocación y misión divina que realizar; con una tarea que cumplir, en y a través del mundo, que el Padre —en su Hijo Jesucristo— nos ha otorgado en heredad<sup>77</sup>.

A su vez, la realización de esta dimensión operativa y existencial de la piedad está en íntima relación y dependencia con la dimensión “contemplativa” de la vida de trato filial con Dios. Es decir, la piedad que nace de la filiación divina hace del cristiano aquello que el Beato Josemaría llamaba un “alma contemplativa” en medio del mundo y ésta lo conduce progresivamente —llevado de la mano de Dios Padre y sostenido por su gracia— a vivir “vida contemplativa”: «conocimiento y amor, oración y vida»<sup>78</sup>. Así, la piedad filial —y precisamente porque es filial— crea como una nueva manera de ser, de mirar el mundo y de moverse en él; «un nuevo modo de pisar en la tierra, un modo divino, sobrenatural, maravilloso»<sup>79</sup>.

Y esto porque la piedad de hijos enseña al fiel cristiano «a tratar, a conocer, a amar a nuestro Padre del Cielo, y así colma de esperanza nuestra lucha interior, y nos da la sencillez confiada de los hijos pequeños»<sup>80</sup>. Lo conduce a la certeza de saberse mirado por Dios en medio de la labor cotidiana<sup>81</sup>, lo mueve a “mirarse” en Cristo, su Hijo, a aprender de El detalles y actitudes; y, sobre todo, a «contemplar su paso por la tierra, sus huellas, para sacar de ahí fuerza, luz, serenidad, paz»<sup>82</sup>. Como consecuencia, la piedad lleva al cristiano a estar «en medio de la calle, del trabajo, con una conversación continua con nuestro Dios, que no debe decaer a lo largo del día»<sup>83</sup>; a mantener «un diálogo constante, tratando al Señor a todas horas»<sup>84</sup>. Más aún: precisamente porque es hijo de Dios, esa realidad lo

<sup>75</sup> El autor solía hablar de una «piedad activa, sincera y auténtica» (*Conversaciones*, n. 63).

<sup>76</sup> Cfr. *Rom* 8,14-17.

<sup>77</sup> Cfr. *Sal* 2,8.

<sup>78</sup> *Es Cristo que pasa*, n. 163.

<sup>79</sup> *Amigos de Dios*, n. 297.

El autor se expraya con gran profundidad mística en una exposición sobre la vida contemplativa en medio del mundo en la homilía *Hacia la santidad* (26-XI-1967), publicada en *Amigos de Dios*, nn. 294-316. Para un estudio más detenido del tema puede consultarse M. BELDA, *Contemplativi in mezzo al mondo*, en «Romana» 27 (1998), pp. 326-340.

<sup>80</sup> *Es Cristo que pasa*, n. 65.

<sup>81</sup> Cfr. *Amigos de Dios*, n. 67.

<sup>82</sup> *Es Cristo que pasa*, n. 107.

<sup>83</sup> *Amigos de Dios*, n. 238.

<sup>84</sup> *Es Cristo que pasa*, n. 126.

conduce «también a contemplar con amor y con admiración todas las cosas que han salido de las manos de Dios Padre Creador. Y de este modo somos contemplativos en medio del mundo, amando el mundo»<sup>85</sup>.

Este «estilo de las almas contemplativas»<sup>86</sup>, la filial y amorosa mirada contemplativa de los hijos pequeños —a Dios, a sus hermanos los hombres, al mundo creado y a todas las circunstancias y situaciones que componen la trama de su vida ordinaria—, los transforman en almas de oración continua, de «presencia de Dios» —diría el Beato—, en medio de los trajines de la tierra<sup>87</sup>. Pero este sendero de oración, que inicia y crece en el cauce de la plegaria vocal<sup>88</sup>, arriándose a tantos recursos de la piedad<sup>89</sup>, se alimenta y fortalece en la meditación diaria: «en los ratos dedicados expresamente a ese coloquio con el Señor, el corazón se explaya, la voluntad se fortalece, la inteligencia —ayudada por la gracia— penetra, de realidades sobrenaturales, las realidades humanas». Y, entonces,

<sup>85</sup> *Ibidem*, n. 65.

<sup>86</sup> *Amigos de Dios*, n. 67.

<sup>87</sup> «La oración se hace continua, como el latir del corazón, como el pulso. Sin esa presencia de Dios no hay vida contemplativa; y sin vida contemplativa de poco vale trabajar por Cristo, porque en vano se esfuerzan los que construyen, si Dios no sostiene la casa (cfr. *Ps CXXXVI,1*)» (*Es Cristo que pasa*, n. 8).

<sup>88</sup> «Empezamos con oraciones vocales, que muchos hemos repetido de niños: son frases ardientes y sencillas, enderezadas a Dios y a su Madre, que es Madre nuestra. Todavía, por las mañanas y por las tardes, no un día, habitualmente, renuevo aquel ofrecimiento que me enseñaron mis padres: *¡oh Señora mía, oh Madre mía!, yo me ofrezco enteramente a Vos. Y, en prueba de mi filial afecto, os consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón...* ¿No es esto —de alguna manera— un principio de contemplación, demostración evidente de confiado abandono? ¿Qué se cuentan los que se quieren, cuando se encuentran? ¿Cómo se comportan? Sacrifican cuanto son y cuanto poseen por la persona que aman. Primero una jaculatoria, y luego otra, y otra..., hasta que parece insuficiente ese fervor, porque las palabras resultan pobres... y se deja paso a la intimidad divina, en un mirar a Dios sin descanso y sin cansancio. Vivimos entonces como cautivos, como prisioneros. Mientras realizamos con la mayor perfección posible, dentro de nuestras equivocaciones y limitaciones, las tareas propias de nuestra condición y de nuestro oficio, el alma ansía escaparse. Se va hacia Dios, como el hierro atraído por la fuerza del imán. Se comienza a amar a Jesús, de forma más eficaz, con un dulce sobresalto» (*Amigos de Dios*, n. 296)

<sup>89</sup> «El temple del buen cristiano se adquiere, con la gracia, en la forja de la oración. Y este alimento de la plegaria, por ser vida, no se desarrolla en un cauce único. El corazón se desahogará habitualmente con palabras, en esas oraciones vocales que nos ha enseñado el mismo Dios, *Padre nuestro*, o sus ángeles, *Ave María*. Otras veces utilizaremos oraciones acrisoladas por el tiempo, en las que se ha vertido la piedad de millones de hermanos en la fe: las de la liturgia —*lex orandi*—, las que han nacido de la pasión de un corazón enamorado, como tantas antífonas marianas: *Sub tuum praesidium...*, *Memorare...*, *Salve Regina...*» (*Es Cristo que pasa*, n. 119).

«como fruto, saldrán siempre propósitos claros, prácticos, de mejorar tu conducta, de tratar finamente con caridad a todos los hombres, de emplearte a fondo —con el afán de los buenos deportistas— en esta lucha cristiana de amor y de paz»<sup>90</sup>.

Para el Beato Josemaría, por tanto, la piedad filial hace del fiel cristiano corriente un «contemplativo en medio del mundo». Y un “alma contemplativa” que alza el corazón a Dios constantemente y se esfuerza por “penetrar” en la oración todo lo humano con la luz y el sentido sobrenatural de su ser filial, acaba por dar frutos de conducta, de vida cristiana auténtica. De ahí que concluya: «en esta tierra, la contemplación de las realidades sobrenaturales, la acción de la gracia en nuestras almas, el amor al prójimo como fruto sabroso del amor a Dios, suponen ya un anticipo del Cielo, una incoación destinada a crecer día a día. No soportamos los cristianos una doble vida: mantenemos una unidad de vida, sencilla y fuerte en la que se funden y compenetran todas nuestras acciones»<sup>91</sup>. Así, la piedad filial de las “almas contemplativas” que viven en el mundo desemboca con sobrenatural “naturalidad” en la unidad de vida.

#### d) «Doctrina de teólogos», eje vivo de la conducta cristiana

Paradójicamente, sin embargo, el horizonte de trato de hijos pequeños con Dios en medio del mundo que descubre el Beato Josemaría, no supone relegar al fiel cristiano a la ignorancia o a la simpleza, sino todo lo contrario. Podría decirse que su mensaje espiritual enseña a abrirse con sencilla y responsable madurez a la inteligencia de la fe: «Piadosos, pues, como niños: pero no ignorantes, porque cada uno ha de esforzarse, en la medida de sus posibilidades, en el estudio serio, científico de la fe; y todo esto es la teología. Piedad de niños, por tanto, y doctrina segura de teólogos»<sup>92</sup>.

Esta exhortación, que se fundamenta en el mismo dinamismo de la fe —*fides quaerens intellectum*, según la fórmula acuñada por San Anselmo—<sup>93</sup>, y refleja la altísima estima que el Beato Josemaría tenía de la inteligencia humana —chispa de la luz divina, la consideraba—<sup>94</sup>, generalmente aparece motivada por tres dimensiones de la vida de los fieles laicos: su vida de trato con Dios (piedad),

<sup>90</sup> *Es Cristo que pasa*, n. 8.

<sup>91</sup> *Ibidem*, n. 126.

<sup>92</sup> *Ibidem*, n. 10.

<sup>93</sup> Cfr. *Proslogium*, proem., en PL 158,225.

<sup>94</sup> Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 10

su misión apostólica (apostolado) y su ser en el mundo (secularidad). En esos tres ámbitos, además, el autor hace notar que no se trata de contentarse con una instrucción doctrinal rudimentaria —la «fe del carbonero», solía decir—<sup>95</sup>, sino de poseer una fe instruida; es decir, un conocimiento de las verdades de la fe profundo, razonado, orgánico y proporcionado a la formación profesional y a las circunstancias personales de cada uno. Con otras palabras, se trata de formarse —cada uno en su nivel y según su talento: el trabajador manual como trabajador manual y el intelectual como intelectual— en el conocimiento científico de la fe, que es la teología, y de adquirir progresivamente el saber de los buenos y doctos teólogos. De ahí que el Beato hablara, dirigiéndose a cristianos de cualquier oficio y condición, de la necesidad de poseer «doctrina de teólogos». La consideración de este triple pero entramado razonamiento, por otra parte, ayudará a entender con más profundidad la expresión y permitirá ver que la «doctrina de teólogos», de modo análogo a la «piedad de niños», no es ajena a la conducta y a la vida cristiana. De ahí, por consiguiente, que no interese tanto entrar en un estudio exhaustivo de cada uno de estos aspectos, cuanto evidenciar esa tensión constitutiva a la unidad de vida, que se pone especialmente de relieve al explicar el vínculo entre doctrina y dimensión secular en la vida de los laicos.

La exposición que el autor realiza en la homilía *Vocación cristiana* comienza precisamente aludiendo a la relación entre doctrina y piedad: «el afán por adquirir esta ciencia teológica —la buena y firme *doctrina cristiana*— está movido, en primer término, por el deseo de conocer y amar a Dios»<sup>96</sup>. Es decir, para el Beato, la doctrina está vinculada al mismo dinamismo de la piedad filial, del amoroso trato con Dios Padre —al que nos hemos referido en el punto anterior—, que tiende por su misma naturaleza al anhelo de amarle todavía más y que implica conocerle mejor. Desde esta perspectiva, por tanto, aparece la clara dependencia que —desde un cierto punto de vista— tiene la piedad respecto del conocimiento de la fe y que el Beato suele mostrar desde dos ámbitos diversos pero igualmente iluminantes y, en cierto sentido, conectados entre sí.

El primero es el amplísimo capítulo de la formación, que en sus enseñanzas presenta particular densidad. Así, refiriéndose a la tarea formativa que el Opus Dei realiza entre sus fieles, señalaba que la formación doctrinal-religiosa los «conduce a una piedad activa, sincera y auténtica, y a un encendimiento que lleva consigo necesariamente la oración continua del contemplativo»<sup>97</sup>, y que desem-

<sup>95</sup> Cfr. P. URBANO, *El hombre de Villa Tevere*, cit. p. 76.

<sup>96</sup> *Es Cristo que pasa*, n. 10.

<sup>97</sup> *Conversaciones*, n. 63.

Al hablar de esta formación doctrinal, el Beato Josemaría solía añadir que la formación no termina nunca, sino que dura toda la vida (cfr. *ibidem*), que debe ser continua (*ibidem*, n.

boca en frutos de conducta cristiana, según veíamos en el apartado anterior. El segundo ámbito es el de la contraposición entre lo que el Beato Josemaría llama «piedad verdadera» y «piedad falsa», y cuya piedra de toque es precisamente la doctrina. Por eso, ésta constituye, para el autor, la auténtica salvaguarda y garantía de la piedad, y la más segura defensa de su deformación. Pero ¿qué entiende por «piedad verdadera-piedad falsa»?

Para el Beato Josemaría, la «piedad verdadera» es la piedad auténticamente cristiana: la virtud de la piedad, parte de la virtud de la justicia, respuesta debida y siempre insuficiente de los hombres al amor de Dios, y don del Espíritu Santo «que nos hace clamar *Abba Padre*»<sup>98</sup>. Es decir, aquella que nace de la filiación divina y no de apreciaciones subjetivistas y superficiales, de forma que se refleja en un trato filial y confiado con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, con la Santísima Virgen, los ángeles, San José y todos los Santos. La piedad cristiana está radicada en la fe de la Iglesia y se desarrolla en el cauce de su multiseccular tradición. Por eso, se sirve de plegarias «acrisoladas por el tiempo, en las que se ha vertido la piedad de millones de hermanos en la fe: las de la liturgia [...], las que han nacido de la pasión de un corazón enamorado, como tantas antífonas marianas»<sup>99</sup>. Se expresa en «prácticas piadosas, sólidas —nada sentimentales—, bien arraigadas y ajustadas a las circunstancias propias de cada uno»<sup>100</sup>, en «prácticas de piedad —pocas, breves y habituales— que se han vivido siempre en las familias cristianas»<sup>101</sup>. Pero, además, la piedad cristiana —la «verdadera»— es aquella que penetra la vida entera, que comporta el ejercicio constante de las virtudes teologales y humanas<sup>102</sup>, y lleva al cumplimiento del propio deber aunque cueste<sup>103</sup>. Con otras palabras, es una piedad que los demás contemplan «hecha vida sincera»<sup>104</sup>.

Por otra parte, el Beato Josemaría hace ver, por contraste, que la doctrina es la mejor defensa de la «falsa piedad». Así, con expresiones especialmente agudas

61). Y la razón es que se trata precisamente de seguir un plan orgánico de formación en la ciencia de la fe; es decir, de adquirir «doctrina de teólogos».

<sup>98</sup> *Rom* 8,15.

<sup>99</sup> *Es Cristo que pasa*, n. 119.

<sup>100</sup> *Amigos de Dios*, n. 151.

<sup>101</sup> *Conversaciones*, n. 103.

<sup>102</sup> Cfr. *ibidem*, n. 102.

<sup>103</sup> «Una persona piadosa, con una piedad sin beatería, cumple su deber profesional con perfección, porque sabe que ese trabajo es plegaria elevada a Dios» (*Forja*, n. 739). Y en otro punto señalaba: «Tu fe es demasiado poco operativa: se diría que es de beato, más que de hombre que lucha por ser santo» (*Surco*, n. 111).

<sup>104</sup> *Conversaciones*, n. 102.

y provocativas, explicaba que una piedad sin asidero en la doctrina no es más que una falsa y deformada piedad: «beatería», la llamaba sin eufemismos, «triste caricatura pseudo-espiritual, fruto generalmente de la falta de doctrina y también de cierta deformación en lo humano»<sup>105</sup>. En definitiva —decía—, que «santurrón es a santo, lo que beato a piadoso: su caricatura»<sup>106</sup>. Y, además, solía añadir que esa devoción anémica en su raíz y en su sustancia acaba en «sentimentalismo ineficaz, ayuno de doctrina, con empacho de pietismo»<sup>107</sup>. De ahí su conclusión: «resulta lógico que repugne a quienes aman lo auténtico y lo sincero»<sup>108</sup> y que instara a «enseñar —primero con el ejemplo, y después con la palabra— en qué consiste la verdadera piedad»<sup>109</sup>.

La doctrina es requerida, en segundo lugar, por la peculiar misión apostólica secular, fundada en el Bautismo, que el fiel laico tiene en la Iglesia. Es más, para el Beato Josemaría esta necesidad crea una obligación grave pues el apóstol cristiano, «si quiere ser coherente con su fe [...] ha de poseer —por tanto— una cultura religiosa: doctrina, para poder vivir de ella y para poder ser testimonio de Cristo con el ejemplo y con la palabra»<sup>110</sup>.

Ejemplo y palabra son, en efecto, las dos vertientes esenciales e inseparables de lo que el Fundador del Opus Dei llamaba el «apostolado de la doctrina» y que, según se advierte, no es más que la acción apostólica del bautizado que —habiéndose impregnado de Cristo y de sus enseñanzas— los muestra al mundo con el testimonio de su palabra y de su misma vida, en sus más variadas situaciones y circunstancias, sobre todo en y a través del trabajo entre sus iguales. Y esto porque ser testigo de Cristo no es teoría, sino que «supone, antes que nada, procurar comportarnos según su doctrina, luchar para que nuestra conducta recuerde a Jesús, evoque su figura amabilísima». Y añadía: «Hemos de conducirnos de tal manera, que los demás puedan decir, al vernos: éste es cristiano, porque no odia, porque sabe comprender, porque no es fanático, porque está por encima de los instintos, porque es sacrificado, porque manifiesta sentimientos de paz, porque ama»<sup>111</sup>.

<sup>105</sup> *Ibidem*.

<sup>106</sup> *Camino*, n. 408.

<sup>107</sup> *Es Cristo que pasa*, n. 163.

<sup>108</sup> *Conversaciones*, n. 102.

<sup>109</sup> *Ibidem*.

<sup>110</sup> *Conversaciones*, n. 73. El Beato alude a la obligación grave de adquirir una «cultura religiosa». No basta, pues, un «barniz» doctrinal sino que se precisa una fe cultivada, ilustrada; es decir, «doctrina de teólogos».

<sup>111</sup> *Es Cristo que pasa*, n. 122.

Así, con expresión evangélica predilecta, el Beato Josemaría afirmaba que el cristiano es sal y luz del mundo. Pero, explicaba, «y no será sal, si no sirve para salar; no será luz si, con su ejemplo y con su doctrina, no ofrece un testimonio de Jesús, si pierde lo que constituye la razón de ser de su vida»<sup>112</sup>. Como consecuencia, el apóstol cristiano ha de andar por la vida con luz de Dios, con sal de Dios. Y esto significaba, para el Beato, «sin miedo, con naturalidad, pero con tal vida interior, con tal unión con el Señor, que alumbremos, que evitemos la corrupción y las sombras, que repartamos el fruto de la serenidad y la eficacia de la doctrina cristiana»<sup>113</sup>. Es decir, con piedad y con doctrina. Además, esta sal y esta luz constituyen el mejor modo de contrarrestar el mal presente en el mundo. Porque ante el mal —enseñaba el Beato con su sobrenatural y característico optimismo—, los cristianos no contestan con otro mal, «sino con la doctrina clara y con la acción buena: ahogando el mal en abundancia de bien»<sup>114</sup>.

Esta celosa urgencia de que los laicos difundan la luz de Cristo por todos los rincones de la tierra, que se refleja en los escritos del Fundador del Opus Dei, sin embargo, no acaba en exhortaciones idealistas ni tampoco en grandes programas colectivos, sino que se concreta, con gran realismo, en un sabio y, a la vez, práctico consejo personal dirigido principalmente a ellos: «atesora formación, llénate de claridad de ideas, de plenitud del mensaje cristiano, para poder transmitirlo a los demás. —No esperes unas iluminaciones de Dios, que no tiene por qué darte, cuando dispones de medios humanos concretos: el estudio, el trabajo»<sup>115</sup>. El punto deja entrever, además, el gran peligro que el Beato Josemaría veía en la ignorancia que —unida al activismo— constituía, para él, un enemigo serio para la acción apostólica secular<sup>116</sup>. Por tanto, esta invitación a aplicarse con

<sup>112</sup> *Ibidem*, n. 100.

<sup>113</sup> *Forja*, n. 969.

<sup>114</sup> *Es Cristo que pasa*, n. 182.

<sup>115</sup> *Forja*, n. 841. El Fundador del Opus Dei invitaba a realizar los estudios profesionales y a formarse doctrinalmente con competencia y con el mismo afán. No cabía, para él, una separación o una desproporción entre el ámbito de la fe y el de la profesión. De ahí que comentara: «La religión es la mayor rebelión del hombre que no quiere vivir como una bestia, que no se conforma —que no se aquieta— si no trata y conoce al Creador: el estudio de la religión es una necesidad fundamental. Un hombre que carezca de formación religiosa no está completamente formado. Por eso la religión debe estar presente en la Universidad; y ha de enseñarse a un nivel superior, científico, de buena teología. Una Universidad de la que la religión está ausente, es una Universidad incompleta: porque ignora una dimensión fundamental de la persona humana, que no excluye —sino que exige— las demás dimensiones» (*Conversaciones*, n. 73).

<sup>116</sup> «Una persona terrible: el ignorante y, a la vez, trabajador infatigable. Cuidame, aunque te caigas de viejo, el afán de formarte más» (*Surco*, 538).

esfuerzo y trabajo, cada uno según sus posibilidades, al estudio serio, científico —teológico— de la fe<sup>117</sup>, y a huir de la ignorancia, porque la dimensión apostólica de la vida cristiana así lo exige, es evidentemente otro de los potentes focos que proyecta luz a la inteligencia de la expresión «doctrina de teólogos».

Pero, la enseñanza del Beato Josemaría es particularmente iluminante cuando se trata de mostrar la necesidad de la doctrina desde el ángulo de la dimensión secular de la vida de los fieles laicos. No porque las motivaciones anteriores no lo sean —que lo son, como hemos visto—, sino porque esta faceta recoge, de alguna manera, las dos anteriores. Es decir, porque en la medida en que la doctrina contribuye a entender y a realizar el sentido último del mundo, y de la existencia y de la actividad del hombre en el mundo —según el plan de Dios—, en esa misma medida esas realidades se descubren como santificables y santificantes, como ámbitos y medios de contemplación y acción apostólica. Es preciso, por tanto, explicitar esta novedosa doctrina en su contenido y en sus premisas teológicas.

Desde la perspectiva de la dimensión secular de la vida de los laicos, el afán por adquirir no sólo la doctrina sino la ciencia teológica aparece explícitamente motivada en los escritos del Fundador del Opus Dei por la «preocupación general del alma fiel por alcanzar la más profunda significación de este mundo, que es hechura del Creador»<sup>118</sup>. El razonamiento, sin embargo, muestra toda su densidad teológica si se considera que el mundo al que se refiere el Beato Josemaría no es un concepto sociológico sino teológico. Es el mundo creado por Dios que, a la luz del designio divino de la salvación, constituye el ámbito propio de la existencia de los fieles laicos y, por tanto, el “lugar” en el que son llamados por vocación divina y al que son enviados por Dios para santificarse y realizar su misión peculiar en la Iglesia: santificar el mundo desde su misma entraña y llevarlo, en Cristo, al Padre<sup>119</sup>. Así se entiende, pues, que la penetración en la significación medular de ese ámbito teológico sea esencial y determinante para la realización de su

<sup>117</sup> Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 10.

<sup>118</sup> *Es Cristo que pasa*, n. 10.

<sup>119</sup> Cfr. Const. dogm. *Lumen gentium*, nn. 31-36; Exhort. ap. *Christifideles laici*, n. 15.

Para una profundización en esta afirmación cristiana del mundo en los escritos del Beato Josemaría, vid. P. RODRÍGUEZ, *Vocación, Trabajo, contemplación*, cit., pp. 48-52 y 170-181.

llamada y de su tarea secular, y no algo periférico ni mucho menos accesorio o superfluo.

Pero, ¿en qué terminos plantea el Beato Josemaría esa inteligencia del mundo creado desde la fe y qué coordenadas teológicas muestra a los laicos como marco para su realización, de la que no los eximía sin dar suficiente peso a su responsabilidad personal?

El autor encuadra la cuestión en el marco de algunas premisas teológicas basilares que —según su opinión— contribuyen a exponer el problema en sus términos reales y no en los términos antinómicos y reduccionistas que proceden de un planteamiento que postula la incompatibilidad entre fe y ciencia, entre conocimiento natural y sobrenatural de la Revelación<sup>120</sup>. Y, efectivamente, esos términos (teológicos) son los únicos reales porque si se trata de escrutar el sentido último y más profundo del mundo creado y redimido, esa significación sólo puede alcanzarse si se miran las cosas desde Dios y su plan de salvación. Toda consideración que se realice al margen de ese dato de fe, por tanto, no pondría el problema en sus coordenadas globales y, en consecuencia, carecería de realismo. Con otras palabras, el Beato Josemaría apuesta por plantear el problema desde el realismo de la fe.

Las premisas teológicas que sostienen el realismo de la fe a la hora de afrontar el sentido medular del mundo creado están conectadas con el misterio de la creación, con el de la gracia y —como es frecuente en los escritos del autor— con el misterio del Verbo encarnado. En concreto, en la homilía *Vocación cristiana*, el Beato Josemaría alude con particular vigor a los dos primeros, fundando la fuerza de su argumentación en los principios de la creación, de la elevación al orden de la gracia y de la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios<sup>121</sup>. A partir de ellos deduce dos importantes afirmaciones: en primer lugar, la afirmación del sentido divino —radicado en la creación— que posee el mundo en cuanto criatura de Dios, y también de su sentido sobrenatural, radicado en su elevación; en segundo lugar, el reconocimiento de la capacidad intelectual natural del hombre, en cuanto *imago Dei*. La enseñanza que el Beato dirige a los laicos, tomando como base estas premisas, es profundamente positiva y de gran densidad teológica. Así, les viene a decir que en virtud de su condición de *imago Dei* y de la condición creatural del mundo, han de ser bien conscientes de que con la luz de su

<sup>120</sup> Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 10.

<sup>121</sup> Cfr. *Gen* 1,26.

<sup>122</sup> «Si el mundo ha salido de las manos de Dios, si Él ha creado al hombre a su imagen y semejanza (*Gen* 1,26) y le ha dado una chispa de su luz, el trabajo de la inteligencia debe —aunque sea con duro trabajo— desentrañar el sentido divino que ya naturalmente tienen todas

inteligencia pueden y deben desentrañar el sentido divino que poseen todas las realidades creadas, y que con la luz de su inteligencia potenciada por la fe pueden y deben percibir también su sentido sobrenatural, que resulta de la elevación al orden de la gracia<sup>122</sup>.

La relación naturaleza-gracia que, en última instancia, aquí se plantea, en otros escritos recibe luz por vía cristológica. Y, a pesar de que la referencia a Cristo —Dios y Hombre— en el contexto temático que estamos tratando aparece de modo más bien discreto, es bien sabido que el misterio de la Encarnación constituye, para el Beato Josemaría, la clave de bóveda de la inteligencia de esa relación y el paradigma de la armonía que debe existir entre sus términos (naturaleza-gracia), entre lo humano y lo divino, entre el orden creatural y el sobrenatural, entre fe y razón<sup>123</sup>: «Cristo —escribe en la homilía *Virtudes humanas*— es *perfectus Deus, perfectus homo*, Dios, Segunda Persona de la Trinidad Beatísima y hombre perfecto. Trae la salvación, y no la destrucción de la naturaleza»<sup>124</sup>. Así, a partir de este postulado teológico, concluía refiriéndose a las realidades creaturales: «en rigor, no se puede decir que haya nobles realidades exclusivamente profanas, una vez que el Verbo se ha dignado asumir una naturaleza humana íntegra y consagrar la tierra con su presencia y con el trabajo de sus manos»<sup>125</sup>.

Desde estas coordenadas teológicas, el Beato Josemaría entiende y muestra a los laicos que —de acuerdo el plan creador y redentor de Dios— el mundo, que tiene en el Verbo encarnado su paradigma, posee un sentido divino unitario que es creatural y sobrenatural al mismo tiempo. Y, en consecuencia, que el mundo creado desvela su última y más profunda significación divina a la inteligencia humana potenciada por la fe. No cabe entonces, separar fe y ciencia, inteligencia humana y Revelación divina, a la hora de escrutar el mundo. Como tampoco cabe «admitir el miedo a la ciencia, porque cualquier labor, si es verdaderamen-

las cosas; y con la luz de la fe, percibimos también su sentido sobrenatural, el que resulta de nuestra elevación al orden de la gracia» (*Es Cristo que pasa*, n. 10).

El Beato Josemaría entendía la facultad intelectual del hombre elevado al orden de la gracia en términos profundamente unitarios. Por eso —a nuestro modo de ver—, aquí no ha de entenderse que con la razón conocemos lo creado y con la razón iluminada por la fe lo sobrenatural, sino que, aunque con la sola razón podemos acceder al conocimiento de las realidades creadas, con la inteligencia permeada por la fe podemos captarlas en su más amplia y profunda significación natural y sobrenatural.

<sup>123</sup> Para una profundización en el tema remitimos al estudio de G. TANZELLA-NITTI, *Perfectus Deus, perfectus homo. Riflessioni sull'esemplarità del mistero dell'Incarnazione del Verbo nell'insegnamento del Beato Josemaría Escrivá*, en «Romana» 25 (1997), pp. 360-381.

<sup>124</sup> *Amigos de Dios*, n. 73.

<sup>125</sup> *Es Cristo que pasa*, n. 120.

<sup>126</sup> *Ibidem*, n. 10.

te científica, tiende a la verdad. Y Cristo dijo: *Ego sum veritas (Ioh XIV,6)*. Yo soy la verdad. El cristiano ha de tener hambre de saber. Desde el cultivo de los saberes más abstractos hasta las habilidades artesanas, todo puede y debe conducir a Dios»<sup>126</sup>.

El afán por adquirir la «doctrina de teólogos», que el Beato Josemaría aconsejaba, aparece así como el camino a través del cual el creyente —en armonía con el saber humano— desentraña el unitario sentido divino del mundo creado<sup>127</sup>. Y este descubrimiento le abre un panorama inmenso de santidad, que el Beato esbozaba así: si el mundo posee un sentido divino porque ha sido creado por Dios y ordenado a realizarse en el orden de la gracia (en Cristo)<sup>128</sup>, entonces «todo puede y debe conducir a Dios. Porque no hay tarea humana que no sea santificable, motivo para la propia santificación y ocasión para colaborar con Dios en la santificación de los que nos rodean»<sup>129</sup>.

Este panorama de santidad en y a través del trabajo, enseña que la labor del hombre en el mundo no ha de reducirse a hacer cosas, a construir objetos sino a amar: el trabajo ha de nacer del amor, manifestar el amor y ordenarse al amoroso reconocimiento de Dios y de los demás hombres<sup>130</sup>. Y, entonces, «trabajar así es oración. Estudiar así es oración. Investigar así es oración. No salimos nunca de lo mismo: todo es oración, todo puede y debe llevarnos a Dios, alimentar ese trato continuo con Él, de la mañana a la noche. Todo trabajo honrado puede ser

<sup>127</sup> Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 10.

<sup>128</sup> Cfr. *ibidem*.

<sup>129</sup> *Es Cristo que pasa*, n. 10. Además del valor humano del trabajo, el Fundador del Opus Dei señalaba: «Para un cristiano, esas perspectivas se alargan y se amplían. Porque el trabajo aparece como participación en la obra creadora de Dios, que, al crear al hombre, lo bendijo diciéndole: *Procread y multiplicaos y henchid la tierra y sojuzgadla, y dominad en los peces del mar, y en las aves del cielo, y en todo animal que se mueve sobre la tierra (Gen I,28)*. Porque, además, al haber sido asumido por Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no sólo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora» (*ibidem*, n. 47).

<sup>130</sup> *Ibidem*, n. 48.

<sup>131</sup> *Ibidem*, n. 10. «Reconocemos a Dios no sólo en el espectáculo de la naturaleza, sino también en la experiencia de nuestra propia labor, de nuestro esfuerzo. El trabajo es así oración, acción de gracias, porque nos sabemos colocados por Dios en la tierra, amados por Él, herederos de sus promesas. Es justo que se nos diga: *ora comáis, ora bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios (1 Cor X,31)*. El trabajo profesional es también apostolado, ocasión de entrega a los demás hombres, para revelarles a Cristo y llevarles hacia Dios Padre, consecuencia de la caridad que el Espíritu Santo derrama en las almas» (*ibidem*, nn. 48-49).

<sup>132</sup> *Ibidem*, n. 10.

oración; y todo trabajo, que es oración, es apostolado»<sup>131</sup>. De este modo, trabajo, contemplación y acción apostólica se engarzan y compenentran con tal unidad en la existencia del fiel laico que «el alma se enreca en una unidad de vida sencilla y fuerte»<sup>132</sup>.

Partiendo de estas premisas, sin embargo, el mensaje del Beato Josemaría no sólo descubre este horizonte de “santificabilidad” del mundo a través del trabajo, y de santificación en el mundo a través del trabajo, sino que además contempla la misma santificación del mundo por el trabajo humano. Y esa altísima tarea —encomendada a los laicos— pasa por la inteligencia y la “realización” de las realidades creadas según su más hondo sentido divino: aquel que desvela la ciencia y la fe en unidad y armonía. Porque en esa, su realización a través del trabajo humano, el mundo es reconducido en Cristo al Padre.

Según puede advertirse, por tanto, la «doctrina segura de teólogos» que el Fundador del Opus Dei recomendaba con tanta convicción a los laicos, conduce a la realización de su misión en toda su maravillosa y profunda amplitud: vivir en unidad de vida con Cristo en el mundo (su santidad) y santificar el mundo *ab intra*, a través del trabajo.

#### 4. PIEDAD, DOCTRINA Y UNIDAD DE VIDA: INTENTO DE REFLEXIÓN SISTEMÁTICA

Sin pretender agotar el riquísimo contenido que el estudio de la expresión «piedad de niños y doctrina de teólogos» muestra en los escritos publicados del autor en una reflexión sistemática exhaustiva, acotaremos nuestro esfuerzo reflexivo a dos aspectos que nos parecen particularmente iluminantes en orden a la formación de los fieles laicos en la unidad de vida. En primer lugar, intentaremos explicar el dinamismo recíproco entre piedad y doctrina, y su tensión a la unidad de vida, que entrevimos en el apartado anterior; y, en segundo lugar, procuraremos exponer las líneas de fundamentación teológica que se esbozan en la predicación del Beato Josemaría acerca de este dinamismo.

##### *a) La unidad y el dinamismo recíproco entre piedad y doctrina, y su tensión a la unidad de vida*

Según se ha podido entrever al considerar separadamente las expresiones «piedad de niños» y «doctrina de teólogos», esa división —necesaria, pero en cierto sentido artificial—, resulta difícil pues ambas realidades constituyen, para el Beato Josemaría, un binomio inseparable. Más aún, podría decirse que uno de

los rasgos característicos de su enseñanza es, precisamente, el postulado de una íntima y profunda unidad y compenetración entre piedad y doctrina. Por eso, en la vida de los hijos de Dios —llamados a llevar el mundo a Dios y a santificarse al realizar esa tarea—, la piedad filial y la asimilación de la doctrina han de ir siempre de la mano en sus vidas: «no cabe separar la semilla de la doctrina de la semilla de la piedad»<sup>133</sup>, como no cabe separar la piedad de la doctrina<sup>134</sup>.

Sin embargo, que la piedad y la doctrina deban ir siempre de la mano en la existencia de los hijos de Dios no quiere decir que vayan una “junto” a la otra como si se tratase de aspectos contiguos pero, en el fondo, autónomos e independientes, sin auténtica conexión: un conocimiento frío de la fe que no genera ni sostiene la vida interior, y una vida interior que —desvinculada de la fe— se aísla en un «sentimentalismo ineficaz, ayuno de doctrina, con empacho de pietismo»<sup>135</sup>, o en la beatería [...], triste caricatura pseudo-espiritual<sup>136</sup> de la verdadera piedad, que sofocan el dinamismo de la fe y de la caridad hacia al deseo de amar y de conocer cada día más a Dios y lo repliegan en el sujeto. Tampoco significa una mera yuxtaposición: como si la doctrina fuese un simple soporte racional pero ajeno a la devoción, y la piedad el añadido devoto pero extrínseco a la doctrina.

<sup>133</sup> *Forja*, n. 918.

<sup>134</sup> La unidad entre ambos aspectos se expresa de modo particularmente claro en estos puntos de *Forja*: «Tu labor de sembrador de doctrina podrá evitar los microbios que la hagan ineficaz, sólo si eres piadoso» (n. 918). «Los católicos hemos de andar por la vida como apóstoles: con luz de Dios, con sal de Dios. Sin miedo, con naturalidad, pero con tal vida interior, con tal unión con el Señor, que alumbremos, que evitemos la corrupción y las sombras, que repartamos el fruto de la serenidad y la eficacia de la doctrina cristiana» (n. 969).

«Sin vida interior, sin formación, no hay verdadero apostolado ni obras fecundas: la labor es precaria e incluso ficticia.

—¡Qué responsabilidad, por tanto, la de los hijos de Dios!: hemos de tener hambre y sed de Él y de su doctrina» (n. 892).

«Necesitas vida interior y formación doctrinal. ¡Exígete! —Tú —caballero cristiano, mujer cristiana— has de ser sal de la tierra y luz del mundo, porque estás obligado a dar ejemplo con una santa desverguenza.

—Te ha de urgir la caridad de Cristo y, al sentirte y saberte otro Cristo desde el momento en que le has dicho que le sigues, no te separarás de tus iguales —tus parientes, tus amigos, tus colegas—, lo mismo que no se separa la sal del alimento que condimenta.

Tu vida interior y tu formación comprenden la piedad y el criterio que ha de tener un hijo de Dios, para sazonarlo todo con su presencia activa.

Pide al Señor que siempre seas ese buen condimento en la vida de los demás» (n. 450).

<sup>135</sup> *Es Cristo que pasa*, n. 163.

<sup>136</sup> *Conversaciones*, n. 102.

Nada más lejano a las enseñanzas del Beato Josemaría que estos erróneos planteamientos porque, en efecto, piedad y doctrina no son —para él— instancias autónomas ni yuxtapuestas, sino dos dimensiones íntimamente relacionadas e interdependientes en la vida y en el obrar de los cristianos: por su mismo dinamismo la piedad tiende a la doctrina y, por su interno dinamismo, la doctrina tiende a la piedad. Y así, la piedad ilustrada y la doctrina adquirida y asimilada con piedad, se impulsan, refuerzan y exigen mutuamente.

Pero ¿en qué consiste este recíproco dinamismo, según las enseñanzas del Beato Josemaría, y en qué medida está vinculado con la unidad de vida? A nuestro modo de ver, esa inclinación —leída en sus dos direcciones— podría sintetizarse como sigue.

La primera dirección (de la piedad a la doctrina), refleja la tensión intrínseca y constitutiva del trato filial y amoroso de los hijos de Dios con su Padre hacia el deseo de conocerlo y de amarlo —y de que también otros lo conozcan y lo amen— con más intensidad<sup>137</sup>, con más delicadeza y ternura<sup>138</sup>. En definitiva, el amor lleva al amor y éste implica el insaciable anhelo de conocer —y de dar a conocer— de modo cada vez más profundo, intenso y fino al Padre amoroso que ha concedido al hombre el don de la filiación divina, a su Hijo Jesucristo que la ha merecido para todos<sup>139</sup>, al Espíritu Santo<sup>140</sup>, a la Madre de Dios y a San José, a los Angeles y a todos los Santos, así como los designios de la paterna y amable voluntad de Dios y todos los misterios de la fe. Y es el Espíritu Santo, principio

<sup>137</sup> Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 10.

<sup>138</sup> Es lo que se expresa, en forma de petición, en este punto de *Camino* con claro sabor autobiográfico: «Reconozco mi torpeza, Amor mío, que es tanta..., tanta, que hasta cuando quiero acariciar hago daño. —Suaviza las maneras de mi alma: dame, quiero que me des, dentro de la recia virilidad de la vida de infancia, esa delicadeza y mimo que los niños tienen para tratar, con íntima efusión de Amor, a sus padres» (*Camino*, 883).

<sup>139</sup> Movido por su intenso amor, el Beato Josemaría invitaba con ardiente celo a conocer a Cristo, comenzando por su Humanidad Santísima, en las páginas del Evangelio: «Y para aprender de Él, hay que tratar de conocer su vida: leer el Santo Evangelio, meditar aquellas escenas que el Nuevo Testamento nos relata, con el fin de penetrar en el sentido divino del andar terreno de Jesús» (*Es Cristo que pasa*, n. 14).

<sup>140</sup> Impulsado por el profundo e intenso trato que mantuvo a lo largo de toda su vida con el Espíritu Santo, el Beato Josemaría se dolía de la actitud de ignorancia de algunos cristianos que no conocían y, por tanto, no trataban a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad. «Por desgracia —decía— el Paráclito es, para algunos cristianos, el Gran Desconocido: un nombre que se pronuncia, pero que no es Alguno —una de las tres Personas del único Dios— con quien se habla y de quien se vive» (*ibidem*, n. 134).

<sup>141</sup> *Ibidem*, n. 153.

de esa vida de conocimiento y amor filiales, el motor de este dinamismo<sup>141</sup>: Él pone en movimiento la fe y la caridad de los hijos, y —contando con la docilidad de su colaboración— también los empuja a adherirse a la doctrina de Cristo y a asimilarla con profundidad, les da luz para tomar conciencia de la vocación personal y fuerza para realizar todo lo que el Padre espera de sus hijos<sup>142</sup>.

Ahora bien, puesto que esta penetración y asimilación de la doctrina es obra del Espíritu Santo, se entiende que ésta se fragüe con solidez en la oración. En esos ratos dedicados expresamente al diálogo con Dios, donde crece y se enciende la piedad filial, el corazón se explaya, la voluntad se fortalece y también la inteligencia —ayudada por la gracia— desentraña y hace propias las verdades sobrenaturales contenidas en la fe<sup>143</sup>. De ahí que el Beato Josemaría aconsejara estudiar con ánimo contemplativo y hacer de la doctrina y de los conocimientos teológicos, tema de meditación. No una oración doctrinal teórica y fría, sino vivificada por una piedad que sabe descubrir la calidez y tantos aspectos del conte-

<sup>142</sup> «Docilidad, en primer lugar, porque el Espíritu Santo es quien, con sus inspiraciones, va dando tono sobrenatural a nuestros pensamientos, deseos y obras. Él es quien nos empuja a adherirnos a la doctrina de Cristo y a asimilarla con profundidad, quien nos da luz para tomar conciencia de nuestra vocación personal y fuerza para realizar todo lo que Dios espera. Si somos dóciles al Espíritu Santo, la imagen de Cristo se irá formando cada vez más en nosotros e iremos así acercándonos cada día más a Dios Padre. *Los que son llevados por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios (Rom VIII,14)*» (*ibidem*, n. 135).

<sup>143</sup> Cfr. *ibidem*, n. 8. El Beato Josemaría enseñaba que la «oración mental es ese diálogo con Dios, de corazón a corazón, en el que interviene toda el alma: la inteligencia y la imaginación, la memoria y la voluntad» (*ibidem*, n. 119). Por eso, afirmaba, que para facilitar la oración convenía materializar hasta lo más espiritual, como había hecho el Señor en su predicación. Y añadía que la doctrina había de llegar a la inteligencia y al corazón por los sentidos, por la imaginación: «yo te aconsejo que, en tu oración, intervengas en los pasajes del Evangelio, como un personaje más. Primero te imaginas la escena o el misterio, que te servirá para recogerte y meditar. Después aplicas el entendimiento, para considerar aquel rasgo de la vida del Maestro: su Corazón enternecido, su humildad, su pureza, su cumplimiento de la Voluntad del Padre. Luego cuéntale lo que a ti en estas cosas te suele suceder, lo que te pasa, lo que te está ocurriendo. Permanece atento, porque quizá Él querrá indicarte algo: y surgirán esas mociones interiores, ese caer en la cuenta, esas reconvenções» (*Amigos de Dios*, n. 253).

<sup>144</sup> Mons. Alvaro del Portillo, Prelado del Opus Dei y primer sucesor del Beato Josemaría, recordaba así a un grupo de estudiantes de Teología una enseñanza del Fundador, tomada de su predicación en 1971: «Se manca un impegno serio per migliorare la vita interiore, il progresso nella scienza della fede risulta arduo e, com'è ovvio, arido: Fate vostro il consiglio che soleva dare il Fondatore dell'Opus Dei: "Se studiate bene la Teologia, scoprirete molti aspetti meravigliosi nel contenuto ricchissimo della dottrina rivelata. E la Teologia si studia bene quando la materia di studio diventa materia d'orazione. Immagino —sono ancora

nido riquísimo del Evangelio y de la doctrina revelada. Si hay este empeño, se alcanzan luces que con la sola razón no se adquieren y, al revés, si falta ese esfuerzo, la inteligencia de la fe resulta ardua y árida<sup>144</sup>. Y así, el movimiento que va de la piedad a la doctrina refluye en la piedad que —ilustrada por influjo de la fe— ve fortalecido su interno dinamismo sobrenatural de fe y caridad, tanto en su dimensión contemplativa como operativa. La piedad alimentada por la doctrina, en consecuencia, se convierte en un punto menos vulnerable a la deformación, a la superficialidad, al sentimentalismo, y, por tanto, en “eje” más firme de conducta cristiana y, en definitiva, de unidad de vida.

En íntima relación con la primera —aunque no se trata de establecer una prioridad causal—, la segunda dirección (de la doctrina a la piedad), manifiesta la inclinación, también intrínseca y constitutiva, del conocimiento profundo y amoroso de la fe de Cristo hacia el trato filial con Dios Padre, también con su Hijo Unigénito —en el «Pan y en la Palabra»; en la oración y en los sacramentos—<sup>145</sup> y con el Espíritu Santo, con la Madre de Dios y San José, con los Angeles y con todos los Santos<sup>146</sup>.

Pero, para el Beato Josemaría, es sobre todo la “consideración” —como solía decir— de la filiación divina; es decir, volver una y otra vez con mirada de fe y de amor a esta verdad basilar en la existencia y en la vocación del cristiano<sup>147</sup>,

parole di Mons. Escrivá de Balaguer— che questo avrà fatto san Tommaso, il quale, come si afferma, diceva che il suo libro era il crocifisso. Così riusciva ad avere luci che con la sola intelligenza non si ottengono”» (Homilía de la Misa de inicio del año académico 1985-1986 de la Pontificia Università della Santa Croce, entonces Centro Accademico Romano della Santa Croce, en *Rendere amabile la verità. Raccolti di scritti di Mons. Alvaro del Portillo*, Città del Vaticano 1995, p. 188).

<sup>145</sup> Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 153.

<sup>146</sup> Es sabido que durante los últimos años de su vida, el Beato Josemaría se empeñó en una amplia y profunda catequesis en la que encendió a miles de cristianos en su amor a la Santísima Virgen, a los Angeles y a los Santos, procurando sostenerlos en las prácticas de devoción tradicionales de la Iglesia, y aconsejándoles fortalecer su formación doctrinal. Vid. A. SASTRE, *Tiempo de caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 1989, pp. 528-591; H. DE AZEVEDO, *Uma luz no mundo. Vida do Servo de Deus Monsenhor Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador do Opus Dei*, Lisboa 1988, pp. 299-355.

<sup>147</sup> La enseñanza del Beato tiene clara raíz en el carisma fundacional ya que, por expreso querer de Dios, la filiación divina está en el fundamento mismo del espíritu que Dios le confió. «Este rasgo típico de nuestro espíritu —escribía— nació con la Obra, y en 1931 tomó forma: en momentos humanamente difíciles, en los que tenía sin embargo la seguridad de lo imposible, de lo que hoy contempláis hecho realidad» (*Carta 9-I-1959*, en A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, cit., p. 389, nota 143).

la que en íntima unión con la vida de oración y de penitencia, transforma a los hijos de Dios «en cristianos profundamente piadosos, como niños pequeños delante de Dios»<sup>148</sup>: niños que se abandonan con espontaneidad y confianza en su regazo paterno y, por eso, son maduros en todo lo demás<sup>149</sup>. La piedad, pues, se apoya —“descansa”, al decir del Beato Josemaría— y se alimenta de la sobrenatural convicción de fe de la filiación divina. De ahí que, para el Beato, esta verdad constituyera no sólo un acicate para la devoción sino el auténtico impulso de un programa de vida espiritual para los hijos de Dios: «descansad en la filiación divina. Dios es un Padre lleno de ternura, de infinito amor. Llámale Padre muchas veces al día, y dile —a solas, en tu corazón— que le quieres, que le adoras: que sientes el orgullo y la fuerza de ser hijo suyo. Supone un auténtico programa de vida interior, que hay que canalizar a través de tus relaciones de piedad con Dios —pocas, pero constantes, insisto—, que te permitirán adquirir los sentimientos y las maneras de un buen hijo»<sup>150</sup>. Y así, este dinamismo que va de la doctrina a la piedad refluye en el conocimiento de la fe que —más afectivo por influjo de la piedad— ve fortalecido su interior dinamismo sobrenatural de fe contemplativa y operativa. En consecuencia, la doctrina vivificada por la piedad —de modo análogo a la piedad alimentada por la doctrina— se transforma en un punto menos vulnerable al peligro de ser teóricos, a la rigidez e incluso a la incomprensión de los demás, y por tanto, en “eje” más sólido de conducta cristiana y, en última instancia, de unidad de vida.

Una vez expuesto en síntesis el dinamismo recíproco que el Beato Josemaría postula entre piedad y doctrina, pasemos a estudiar cuáles son las líneas de fundamentación teológica que se descubren en sus escritos.

### *b) Piedad, doctrina y vida, según el ejemplo de los primeros cristianos*

Es bien sabido que el Beato Josemaría tuvo siempre en gran estima a los primeros cristianos. Su profunda admiración por los fieles de la primitiva comunidad cristiana alimentó constantemente su predicación y se refleja, ya desde sus primeros escritos, en toda su obra<sup>151</sup>. Así, en *Consideraciones espirituales*, por

<sup>148</sup> *Ibidem*, n. 10.

<sup>149</sup> Cfr. *Camino*, n. 858.

<sup>150</sup> *Amigos de Dios*, n. 150.

<sup>151</sup> Cfr. D. RAMOS-LISSÓN, *L'esempio dei primi cristiani negli insegnamenti del Beato Josemaría*, en «Romana» 29 (1999), p. 292.

ejemplo, invitaba al lector a procurar «conocer e imitar la vida de los discípulos de Jesús, que trataron a Pedro y a Pablo y a Juan, y casi fueron testigos de la Muerte y Resurrección del Maestro»<sup>152</sup>.

Además de su amor a la fidelidad heroica de estos “primeros”<sup>153</sup> en el seguimiento de Cristo —en numerosos casos sigilada por el martirio—, el Beato gustaba referirse a su ejemplo de vida especialmente al exponer su mensaje sobre la santidad en medio del mundo y, en particular, sobre la vocación al Opus Dei. «Si se quiere buscar alguna comparación —decía, haciendo notar el paralelismo entre la llamada al Opus Dei y la de estos “primeros”—, la manera más fácil de entender el Opus Dei es pensar en la vida de los primeros cristianos. Ellos vivían a fondo su vocación cristiana; buscaban seriamente la perfección a la que estaban llamados por el hecho, sencillo y sublime del Bautismo. No se distinguían exteriormente de los demás ciudadanos. Los socios del Opus Dei son personas comunes; desarrollan un trabajo corriente; viven en medio del mundo como lo que son: ciudadanos cristianos que quieren responder cumplidamente a las exigencias de su fe»<sup>154</sup>.

Sin embargo, como se ha hecho notar, el recurso frecuente que el Fundador del Opus Dei hacía a la situación paradigmática de aquellos primeros no se queda en el mero intento de presentar sus vidas como un simple modelo para los fieles del Opus Dei o, en general, para los cristianos que viven en el mundo contemporáneo; ni tampoco se reduce al afán de un retorno idealista o romántico a la época áurea de los primitivos tiempos del Cristianismo. No; la alusión trasciende este plano y parece constituir una categoría teológica normativa. Con otras palabras, el Beato Josemaría parece acudir «al paradigma de “los primeros cristianos” con la decisión realista de buscar la *norma non normata*, el módulo siempre preciso, en los trances de renovación, para una comprensión en profundidad del cristianismo»<sup>155</sup>.

En este sentido, ante las interpretaciones postconciliares de un *aggiornamento* en la Iglesia no siempre bien entendido<sup>156</sup>, la situación de la cristiandad

<sup>152</sup> *Consideraciones espirituales*, Imprenta Moderna, Cuenca 1934, p. 99. El punto quedó recogido posteriormente en *Camino*, n. 925.

<sup>153</sup> El Beato solía usar también esta expresión para referirse a ellos. Cfr. *Camino*, n. 799; *Amigos de Dios*, n. 186; *Es Cristo que pasa*, n. 134

<sup>154</sup> *Conversaciones*, n. 24.

<sup>155</sup> A. GARCÍA SUÁREZ, *Existencia secular cristiana. Notas a propósito de un libro reciente*, en «Scripta Theologica» 2 (1970), p. 162. La nota presentaba el libro *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer* (Madrid 1968).

<sup>156</sup> La visión del Beato ante esas interpretaciones puede encontrarse en *Conversaciones*, nn. 1, 26, 72, 100.

primitiva presentaba para el autor una importancia clave en sede de comprensión teológica normativa del mensaje del Evangelio y de la vida cristiana. En concreto, la existencia de aquellos primeros era, para él —entre otras cosas—, la expresión primigenia y fidelísima de la vocación a la santidad y al apostolado fundada en el dato originario del Bautismo, de la santificación *en* y *de* la vida ordinaria, y también de las exigencias derivantes de la vocación y misión bautismales, en cuanto la vida de muchos de ellos constituyó un modelo de existencia auténticamente cristiana<sup>157</sup>.

Desde estos postulados se entiende la fuerza y el modo recurrente en el que el Beato Josemaría vuelve una y otra vez a fundamentar e iluminar algunas de sus enseñanzas en la conducta y en el modo de vida de la primitiva comunidad cristiana, según el testimonio principal de los Hechos de los Apóstoles. La expresión más frecuente y preferida en sus escritos es la breve pero densa descripción que ofrece San Lucas en el segundo capítulo del Libro: «perseveraban todos en la doctrina de los Apóstoles, en la comunicación de la fracción del pan, y en las oraciones»<sup>158</sup>. Formulación paradigmática de su lectura del texto, por ejemplo, la encontramos en el siguiente pasaje: «Así nos describen las Escrituras la conducta de los primeros cristianos: congregados por la fe de los Apóstoles en perfecta unidad, al participar de la Eucaristía, unánimes en la oración. Fe, Pan, Palabra»<sup>159</sup>.

En relación con este mismo versículo escriturístico y con la enseñanza que allí se contiene, sin embargo, encontramos otro texto también breve pero particularmente iluminante para nuestro estudio. Después de citar *Hech 2,42*, el Beato Josemaría escribe: «Fue así como vivieron aquellos primeros, y como debemos vivir nosotros: la meditación de la doctrina de la fe hasta hacerla propia, el encuentro con Cristo en la Eucaristía, el diálogo personal —la oración sin anonimato— cara a cara con Dios, han de constituir como la substancia última de nuestra conducta. Si eso falta, habrá tal vez reflexión erudita, actividad más o menos intensa, devociones y prácticas. Pero no habrá auténtica existencia cristiana, porque faltará la compenetración con Cristo, la participación real y vivida en la obra divina de la salvación»<sup>160</sup>.

<sup>157</sup> Para una fundamentación y desarrollo de estas temáticas remitimos al artículo de D. RAMOS-LISSON, cit., pp. 293-306.

<sup>158</sup> *Hech 2,42*.

<sup>159</sup> *Es Cristo que pasa*, n. 153. Expresiones muy parecidas se encuentran en el siguiente pasaje: «En los *Hechos de los Apóstoles*, se describe la situación de la primitiva comunidad cristiana con una frase breve, pero llena de sentido: *perseveraban todos en las instrucciones de los Apóstoles, en la comunicación de la fracción del pan y en la oración (Act II, 42)*» (*ibidem*, n. 134).

<sup>160</sup> *Ibidem*.

El pasaje casi no requeriría comentario, pues postula con perfecta claridad la relación entre piedad, doctrina y vida cristiana. Sin embargo, conviene explicitar su contenido en orden a poner de relieve toda su profundidad teológica.

Fundándose en el dato bíblico, que recoge en el párrafo anterior, el autor viene a enseñar que la vida y la conducta cristiana de nuestros primeros hermanos en la fe —y que constituye, como ya hemos explicado, el paradigma de existencia en Cristo— tiene como “substancia última” la fe (de Cristo y en Cristo) y el contacto con Él en la oración y en la Eucaristía. Éste es el núcleo, el cogollo, del vivir y del obrar en Cristo de los hijos de Dios, de forma que si falta la Fe, el Pan y la Palabra en la vida de los fieles, no puede hablarse de existencia específicamente cristiana. Y la razón —como bien explica el autor— es que, habiendo muchas cosas en sus vidas, en realidad faltará lo esencial: la adhesión y la conformación con la Persona y la doctrina de Cristo por la fe, la oración y los sacramentos que nos incorporan y nos unen a Él, y que realizan en cada fiel la participación en la salvación que el Padre nos ha concedido por su Hijo en el Espíritu Santo.

En definitiva, en este pasaje el Fundador del Opus Dei retoma, en categoría teológica normativa, aquello que había expresado en otro lugar, muchos años antes: «la vida interior y la formación doctrinal, el conocimiento profundo de nuestra fe» son «como ejes vivos de la conducta cristiana»<sup>161</sup>. Es decir, si éstos faltan, la vida según la vocación recibida no se afianza ni se desarrolla porque faltará la “substancia cristiana”. En este caso, sin embargo, el autor parece explicitar su enseñanza, particularmente en relación con el dinamismo recíproco entre piedad y doctrina, al que nos referimos en el punto anterior.

En efecto, piedad y doctrina son quicios sólidos en los que se apoya y edifica la substancia última de la conducta cristiana. Pero lo son en cuanto ejes relacionados íntimamente en un dinamismo recíproco; es decir, en la medida en que la piedad tiende a la doctrina y la doctrina tiende a la piedad. De lo contrario, sólo hay doctrina erudita y piedad formal que, como es evidente, conducen al fiel a la esterilidad y a la muerte espiritual pues, en realidad, no unen a Cristo —que es «el Camino, la Verdad y la Vida»—<sup>162</sup> ni dan frutos de vida cristiana.

Por el contrario, los relatos de los Hechos ofrecen un vivo testimonio de la conducta y de la vida de la primitiva comunidad cristiana construida precisa-

<sup>161</sup> *Ibidem*, n. 8. La afirmación está tomada —como ya dijimos— de la homilía *Vocación cristiana*, pronunciada en el primer domingo de Adviento de 1951 (2-XII), mientras que el otro pasaje es de la homilía *El gran desconocido*, pronunciada en la fiesta de Pentecostés de 1969 (25-V).

<sup>162</sup> *Jn* 14,6.

mente sobre los ejes de una piedad ilustrada y de una doctrina afectiva. Como señala el Beato Josemaría, nuestros primeros hermanos conocían la fe, «perseveraban en la doctrina de los Apóstoles», meditaban esa doctrina hasta hacerla vida de sus vidas y mantenían un trato personal e íntimo con Cristo en la Eucaristía y en la oración. Poseían, por tanto, un conocimiento de la fe que les movía a la piedad (al trato con Cristo «en el Pan y en la Palabra») y una piedad ilustrada que penetraba con amor en la fe —la rezaba—, haciéndola más piadosa y afectiva. Y así, con una fe vivificada que llevaba al trato con Dios y a las obras, y con una piedad teológica que impulsaba al deseo de amar y de conocer a Dios, de tratarlo cada vez con más delicadeza y ternura, y de cumplir con fidelidad su amable voluntad, la vida de los primeros cristianos se edificaba —de modo silencioso pero eficaz, en unidad de vida con Cristo— como existencia auténticamente cristiana.

Por tanto, la identidad de la auténtica existencia cristiana —que es de unión y de identificación con Cristo por la fe, la oración y los sacramentos— se perfila, desde sus mismos orígenes, como vida edificada sobre dos puntos de apoyo firmes e irrenunciables: la piedad doctrinal y la doctrina piadosa. Y, a su vez, éstas remiten, en último término, a la lógica de la Encarnación: en Cristo, Verbo encarnado, se compenetran en perfecta unidad y armonía la Palabra de Verdad y el Amor entre el Padre y el Hijo.

## 5. CONCLUSIÓN

El carisma que Dios concedió al Beato Josemaría en orden a difundir y realizar el mensaje de la llamada universal a la santidad en medio del mundo, unido a su riquísima experiencia espiritual, le permitieron captar y transmitir de modo particularmente vivo e iluminante, desde los primeros años de su predicación, que una existencia cristiana auténtica sin rupturas ni fisuras —en la cual y por la cual Cristo se hace presente con toda la eficacia salvífica de su obra redentora— no se edifica al margen de un trato sólido con Dios y del conocimiento amoroso de la doctrina de Cristo.

Es más, su enseñanza —expuesta en su núcleo en la breve fórmula «piedad de niños y doctrina de teólogos»—, hace ver no sólo la exigencia de la piedad y de la doctrina para que la respuesta a la vocación bautismal se afiance y se refleje en la conducta y en la vida, sino que va más allá y plantea la necesidad de la piedad y de la doctrina en íntima compenetración y recíproco dinamismo. Es decir, como realidades interdependientes que se impulsan, refuerzan y exigen mutuamente en la edificación de la conducta y de la existencia en unidad de vida con Cristo. Y, por el contrario, también muestra que si ambas realidades se sepa-

ran o se sofoca su dinamismo, la doctrina acaba en erudición y la piedad en pura forma o en sentimentalismo, que no unen a Cristo ni dan frutos de vida cristiana.

Piedad doctrinal y doctrina piadosa constituyen, pues, auténticos «ejes vivos» de conducta y de vida en Cristo. Así, la luz del carisma y de la experiencia espiritual del Beato Josemaría que se vierten en esta enseñanza, vienen a convergir y a encontrar su fundamento teológico último en el ejemplo de vida de la primitiva comunidad cristiana. En el seno de la Iglesia primigenia, en efecto, los fieles modelaron su comportamiento y su existencia sobre estos mismos puntos de apoyo firmes, como bien asegura el testimonio de los Hechos de los Apóstoles.

Podemos concluir diciendo, por tanto, que —en virtud de su sencillez, de su profundidad de contenido y de base teológica, y de su concreción— la sugerencia de este maestro espiritual de vivir con «piedad de niños y doctrina de teólogos» constituye una preciosa, iluminante y práctica enseñanza para la tarea de formación de los laicos en unidad de vida, en vistas a una realización más fiel de su vocación y de su misión secular, según el ejemplo de los primeros fieles.